



NOCHES ENREJADAS

JORGE ELÍAS CISNEROS

SONORA



Noches enrejadas

Jorge Elías Cisneros

Programa Editorial Sonora

Primera edición

GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

Lic. Claudia Pavlovich Arellano
Gobernadora Constitucional

Prof. José Víctor Guerrero González
Secretario de Educación y Cultura

Lic. Mario Welfo Álvarez Beltrán
Director del Instituto Sonorense de Cultura

Lic. Marianna González Gastelum
Coordinadora de artes

Mtro. Josué Barrera Sarabia
Jefe de departamento de literatura y bibliotecas

SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero. *Secretaria de Cultura*

Esther Hernández Torres. *Directora General de Vinculación Cultural*

Edición: Gabriela Soto Soto

Diseño editorial: Aarón A. Lima

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del autor.

© D.R. Instituto Sonorense de Cultura
Ave. Obregón No. 58, Colonia Centro
Hermosillo, Sonora, México, C.P. 83000
literatura@isc.gob.mx

Noches enrejadas

Jorge Elías Cisneros



Crónica

cada uno coloca su pedazo de noche sobre la mesa
mientras un hombre fantasmal
dentro de mi taza de café
se decapita.

José Falconi

ÍNDICE

Prólogo	3
Introducción	11
Días claros bajo cielos grises	16
El infierno viene después, cuando la tormenta se calma	49
Alas rotas	59
Metrópica	65
El duelo	66
Noches enrejadas	71
Olvido	79
El cautivo	80
Poetas de barrio	81
Soledad	86
El errante	88
Invernal	90
Siempre preso	103
Melancolía	110
Mariposa boreal	112
Atractivo infinito	114
Distante	116
Una prisión entera	117
Contemporaneidad	119

PRÓLOGO

“De esa prisión, con todos los asedios políticos del cuerpo que en su arquitectura cerrada reúne, es de la que quisiera hacer la historia”.

Michel Foucault, *Vigilar y Castigar*.

Nacimiento de la prisión.

CERESO, Centro de Reinserción Social, lo que antes se conocía como Centro de Readaptación Social y todavía más antes como Penitenciaría o la “Peni”. Poco, con el pasar de las décadas la palabra *Penitenciaría* va desapareciendo del vocabulario de la gente, pero el hoy museo del INAH (Instituto Nacional de Antropología e Historia) de Hermosillo Sonora nunca va a dejar de ser “la antigua penitenciaría de Hermosillo”, porque justamente cuando esta edificación histórica de piedra dejó de funcionar como centro penitenciario en 1979, es cuando apareció el nuevo Centro de Readaptación Social.

Solamente los convictos y sus familiares son los que saben lo que hay detrás de esos altos muros con sus torres de vigilancia. Estos textos de “Noches Enrejadas” nos muestran que además de las instalaciones físicas, los diferentes espacios en que se mueven o son mantenidos los internos, lo que principalmente hay son “voces”, voces que todas hablan sobre una historia diferente. Las voces expresan tragedias de sobrevivencia, violencia, enfermedades y muerte, las evocaciones hablan de la melancolía, la soledad y de la opresión del mundo afuera de las rejas, donde también hay otro tipo de encierros.

El estado de ser *convicto, preso, interno, sentenciado, tras las rejas o de estar en proceso de pronta liberación* o cualquier otro término como *estar en la grande, en la pinta o pernoctar en el hotel California*, todas estas expresiones se resumen, en el lirismo subjetivo de estas voces, en la categoría de “el encierro”.

La primera parte de este libro es una selección de crónicas que han tenido un reconocimiento o han sido ganadoras de un concurso. En el titulado “Días Claros Bajo Cielos Grises”, con el recurso de crear no tanto un personaje literario sino a un narrador que hable sobre uno mismo, se utiliza la mezcla de subgéneros literarios entre *las memorias autobiográficas y la ficción narrativa*. En las subsiguientes crónicas se usan la entrevista como recurso periodístico y *la ficción narrativa*.

En la segunda parte de este libro, propiamente la colección de poemas titulada como “Noches Enrejadas”, me complace leer, disfrutar por la satisfacción de ver el logro en la utilización de los recursos de la poesía, y por su puesto releer los versos con tonos fuertes y marcados de las diferentes métricas que utiliza el autor y los tonos y ritmos difuminados y dispersos de los versos libres.

Manuel Carlos Silva Encinas

INTRODUCCIÓN

*La cárcel doblega;
edifica o consume.*

CHIMALHUA

Traté de escribir durante noches enteras mi historia. La mía y la tuya y la de otros más que están y antes estuvieron en donde yo estoy y antes estuve: la historia siempre similar: cortante, atroz y sombría.

Amaneceres que incendian los pasillos. Ocasos incrustados en las paredes y noches en las que el silencio no llega, son sólo algunas de las cosas que suceden dentro de las prisiones. Pero también se mira el caminar altivo, la proliferación de lo letal, las largas letanías de acontecimientos que no queremos dejar en el olvido, el correr de la sangre por los pasillos, las puntas hechizas debajo de las almohadas, los motines internos que nunca salen a la luz pública, la opresión de los custodios, la discriminación por parte de cualquiera que tiene más poder, el graznido siniestro de los cuervos que posan en las porterías con el único afán de asustar más mientras la lluvia ha comenzado a caer, los sueños de la libertad lejana, las tristes notas de un poeta que vive dentro de una celda y, el sol, el sol que no emerge por donde debería de brotar...

Los otros, los diferentes, los anormales (como lo dice Umberto Eco en un cuento), no somos los prisioneros, se los aseguro. Aquí habitamos gente que habla, que ríe, que llo-

ra, que escribe, que pinta, que sabe trabajar y que sabe dialogar coherentemente. Claro que también (como ocurre en cualquier otra parte) existen (existimos) personas hurañas e intratables. Pero eso no da derecho a etiquetarnos en plural: creo que existe otra versión del panorama carcelario que muy pocas veces se ha escudriñado de una forma venerable.

Los motines son considerados un acto violento y los presos no están en desacuerdo con ello, pero dentro de las prisiones, los motines se han vuelto el único medio para buscar soluciones, aun que a decir verdad, muy pocas veces se ha conseguido un resultado positivo.

Entablar una conversación con alguien externo se limita solamente a las preguntas con morbo: ¿Cómo es ahí? ¿Venden drogas? ¿Tienen sexo entre ustedes? Pocos son los que llegan hasta los interiores y pocos son los que preguntan ¿Cómo viven? ¿Qué se siente estar preso? ¿Qué saben hacer? ¿Qué hacen los presos para que el tiempo sea más llevadero? ¿Qué planes tienes? ¿Sufres? ¿Cuál es la razón para seguir de pie? ¿Qué has aprendido de todo esto?

Yo (lo tengo que decir) soy parte de un grupo selecto que aquí adentro nos llaman "*los bien portados*", pero lo digo con frecuencia y con el mismo dolor que los otros, sigo siendo prisionero. Sigo teniendo las mismas carencias y los mismos dolores. Sigo creyendo que nosotros los presos no sólo somos un montón de hombres sin oficio ni beneficio, somos también un grupo de personas buscando la rehabilitación, un grupo que busca reintegrarse a la sociedad de la que antes fuimos excluidos.

Somos un grupo dislocado de la sociedad que ahora trata de ser diferente y que trata de adherirse nuevamente a la misma. Tratamos de enmendar errores y caminar sobre

la senda de lo correcto, aunque a veces eso se ha tornado más difícil de conseguirse. Hemos tenido que lidiar con el descrédito que se nos ha otorgado desde no sé cuánto tiempo y que quizá nos lo hemos ganado a pulso, pero también a pulso queremos ganarnos la confianza y queremos tener una voz que cuente, qué importa que sea a manera de cuentos o canciones, corridos o relatos, en los que solamente se detallan datos y que cualquiera piense que son relatos meramente utópicos y banales. ¡Qué importa que terminemos gritando de vez en cuando sin que nadie nos atienda “¡Remen, remen, que el barco se hunde”!

La desigualdad vivida a lo largo de mi estancia en una prisión ha dejado huellas imborrables. No sé si fue astucia o si fue el Síndrome de Supervivencia Carcelaria lo que me mantuvo a flote, porque a decir verdad, la mayoría termina perdido en los pasillos, caminando robotizados, *dizque* por la depresión o la muy baja autoestima.

Noches enrejadas sólo es una descripción sencilla. Una descripción no tan dura, se los confieso. Traté de construir mi pasado a través de versos alegres y quise que supieran los otros, los libres, los buenos, que un preso también tuvo otra voz, otra historia; pero que sobre todo, que también puede ser una persona diferente. Sin embargo, aquí también está la voz del prisionero en noches oscuras, en días sombríos. Las horas más frías que pueden vivirse detrás de unas rejas.

Hemos sido censurados en mil maneras. Nos hemos retractado a veces de palabras dichas desde la profundidad de un alma lastimada por el temor, el miedo o la ignorancia. En ocasiones ha sido por el amor a los que viven lejos.

No somos santos ni siquiera un poco. Somos personas con defectos, lo confieso. Pero tenemos también la esencia

fuerte y el espíritu vivo. Díganme, allá afuera ¿cuántos piensan lo mismo?

La mañana va cayendo lentamente sobre nosotros, y es que aquí somos tantos los que estamos y muy pocos los que vivimos que ya todo nos parece una mentira. Entera monotonía, la de escribir como disléxico del tiempo. De poner frases de antaño entre las típicas frases de los de ahora: los más mecanizados y enredados en el habla. Esos que son *dizque* menos floridos y más tecnológicos.

Estamos en un momento de detención bajo la sombra. Aquí lo inerte, lo lejano, lo profuso, lo desdeñoso, son el plato fuerte de todos los días. Sin embargo, es también aquí (un lugar extraño para explicarlo) en donde encontré un lugar en el cual pude escribir de tantas cosas y poder así, alejarme del encierro.

Recuerdo que antes de haber llegado a este lugar, creía ser claustrofóbico. Ahora eso ha quedado en el pasado. Descubrí que soy capaz de permanecer encerrado y que también soy capaz de tolerar tanta hostilidad y decadencia como jamás antes lo hubiese imaginado.

He salido un par de veces al patio en este día. No encuentro nada nuevo. La misma basura, las mismas mesas, el mismo monte, las mismas ratas y el mismo hedor atrofiante que nos mata. Pero ¿por qué salir otra vez a ver siempre lo mismo? No lo sé. Quizá la sed que tenemos por encontrar nuevos caminos nos ha llevado a buscar un destino que simplemente adentro no se encuentra. O quizá sí. Aún no he logrado entenderlo.

Seis años viviendo en el encierro y seis años viviendo nuevamente. Antes morí se los aseguro. Pero no morí de forma cierta, sólo morí metafóricamente. Y es que cuántas

veces me perdí en el abismo de lo insulso, que desatendí los verdaderos motivos de la existencia. Hoy me encuentro y me reencuentro conmigo mismo. Somos uno verdaderamente. Como el narrador y el mencionado en estas hojas. La historia contada a través de versos y textos escritos en días claros bajo cielos grises.

J.E.C.CH.

Días claros bajo cielos grises

I

Al Chimalhua lo conocí a principios del 2014 en el CERESO número dos de la ciudad de Hermosillo, Sonora. Allí purgaba una condena de catorce años, de la cual, solamente llevaba dos.

Un largo recorrido es el que falta, me dijo con una sonrisa en la que dejó escapar un rastro de dolor. El tiempo, el maldito tiempo, reanudó entre suspiros encarcelados.

El día era claro, más claro de lo que había sido en las semanas anteriores. El Chimalhua miró al cielo y centró toda su atención en las escasas nubes que iban apareciendo en el firmamento. Yo quise suponer que en aquellas nubes ralas veía un futuro lejano. Un futuro que parecía escapársele de las manos.

En el cuerpo aún tenía vestigios de su última complicación médica (Tuberculosis). Padecimiento que lo llevó a estar internado dos meses en el Hospital de ciudad Obregón y, en la que una noche oscura fue diagnosticado como un *“próximamente, muerto”*. El Chimalhua lo recuerda claramente. Las luces blancas, las batas azules, los rostros de estudiantes asustados y el desconsolado rostro de su madre junto a su cama. Pero ahora todo aquello es solamente un recuerdo. Un recuerdo que lo hace vivir aún más de lo que había vivido antes de saber que la muerte siempre está a sólo un paso de la vida.

En la conversación se le escapan los suspiros y a veces también deja escapar palabras mal trazadas que revelan su incesante deseo por obtener su libertad. Sin embargo, por todo lo demás, es un hombre fuerte y se revela a morir a cada instante.

Sus condiciones de salud no son las más óptimas, el Chimalhua lo sabe muy bien. La Tuberculosis solamente puede ser el comienzo de otras complicaciones, le dijo el doctor antes de que lo dieran de alta. Pero, ¿para qué pensar en lo que aún no pasa? –el Chimalhua dijo sonriendo. -No sé en qué punto de la vida pasa todo –prosiguió mientras caminábamos por un pasillo oscuro- En un momento es todo así (refiriéndose al pasadizo), tan gris, tan decadente, y en un instante nuevamente hay luz y otra vez la vida está latente. ¡Yo no quiero morir! – Afirmó con seguridad-, sin embargo, estoy en un punto en el que ya no siento miedo a morir. Creo que cuando puedes aceptar que la muerte es parte de la vida, podrás aceptar cualquier otra cosa y podrás superarla y estar en paz con todos y contigo mismo.

Nuestros pasos aquel día los regamos casi por todo el CERESO. Estampamos miradas en las vetustas paredes y nos devoramos el cielo con una sola palabra. Así fue el comienzo de una amistad casi prisionera.

II

El Chimalhua cerró el año 2014 de una manera inesperada. Primeramente eran sus veinte kilos de peso que había recuperado, y después estaba el concurso de calaveras literarias que había ganado. El rostro ya no era tétrico ni sombrío, sino que había una luminosidad con la que prometía vivir aunque tuviera que hacerlo debajo de mil tormentas por venir.

-El 2014 me dejó, sin duda, la mejor prueba de que aún estaba vivo. Antes creí morir y sucumbí ante el temor de que así fuera. El dolor de ver los ojos estrellados de mi madre mientras fingía sonrisas para que yo no supiera lo grande

que era el dolor que la torturaba al verme tendido en una cama, me mataban. Pero como siempre, mi madre nada decía.

Ya después de haber regresado al CERESO, cuando mi madre venía a visita, llegaba siempre muy temprano. Un par de veces le tocó esperarme más de quince minutos porque me había quedado dormido. Era extraño acostumbrarse a todo aquello. Era extraño pensar que solamente tendríamos un par de horas para conversar de tantas cosas o para guardarnos más de lo que decíamos. Ahí no había tiempo para pensar en la transgresión del tiempo ni en lo absurdo que se escucharía decir esto o aquello: éramos ella y yo. Solamente eso importaba en los domingos.

Silencios expandidos. Detrimentos dilatados. La vida en la cárcel es dura en los días y eterna por las noches. El silencio espanta y los gritos matan. Por eso había que buscar una salida de aquella proliferación tan deprimente. Las opciones eran escasas, sólo había una luz desdibujada que parecía decirme que no había nada qué perder si lo intentaba. Y de pronto, estaba allí en el salón junto a los otros.

El grupo de literatura se formó para concursar en la composición de calaveras literarias. Jamás creí tener oportunidad de ganar en un concurso. Sin embargo, el resultado afirmaba lo contrario.

Un nuevo comienzo. Y comencé de nuevo a luchar y a decirme que sí podía, que no importaba en dónde, el cómo, ni el porqué estaba ahí. Lo único que debía de importarme era demostrarme que otra vez podía volar y que podría hacerlo más alto, más lejos: morir callado y quejumbroso jamás fueron una opción viable para mí.

A principios del 2015 trabajaba en el área escolar del centro de reclusión. Después comencé a dar clases de computa-

ción a los demás internos y a dar charlas de motivación a los que ingresaban a la Clínica de Desintoxicación. Eran nuevos retos que enfrentar, sin duda alguna. Pero todo aquello me ofrecía una nueva vida y yo me la quería ganar aunque el cansancio fuera extremo. En cada cosa que hice dentro de la cárcel encontré una nueva razón para querer vivir, incluso ahí, estando detrás de las rejas.

Y no todo es bueno ni todo es claro, hubo también días oscuros y hubo gente que trató de entorpecer mi búsqueda del sentido de vivir. Pero quizá fue más la gente que me dijo: ¡Hey, tú puedes! ¡Échale ganas!

Los presos a veces tenemos habilidades impensadas. En una plática construimos y con una frase destruimos todo otra vez.

III

El cierre del 2015 no podía ser diferente. No cabe duda de que el esfuerzo al final siempre brinda recompensa. En el rostro del Chimalhua ya no había vestigios de la tuberculosis, y aunque por sus venas corriera un virus mortal, jamás dejó que éste se exteriorizara. Al menos no hasta ese entonces.

El tiempo pasó y el Chimalhua continuó estudiando y asistiendo a las clases de Literatura impartidas por el maestro, voluntario venido de la universidad pública. Comenzó a navegar con más ímpetu por la vida y se adentró en el mundo de las letras sin importarle nunca el lugar desde dónde lo hacía. Al final del 2015 volvió a ganar otro concurso de calaveras literarias.

Concursos pequeños que lo hicieron vivir en grande, así lo cuenta el Chimalhua. Y es que no sólo se trataba del tipo

de concurso, no, se trataba de poder ganar, ganar desde un lugar en el que había creído que ya no tenía posibilidad alguna. Eso era la vida: intentarlo hasta vencer.

Como resultado de las clases de Literatura, el Chimalhua escribió sus primeros poemas. En diciembre del 2015 se realizó un café literario en el CERESO. Gloria del Yaqui fue la invitada de honor en dicho encuentro. Al café literario asistieron representantes del Instituto Sonorense de Cultura, de La casa de la cultura, trabajadores del centro penitenciario y un grupo de internos que gustaban de la poesía. La lectura transcurrió amena y el tiempo acompasado.

Estas fueron las palabras de Gloria del Yaqui:

“Vemos aquí el nacimiento de un poeta. Un poeta joven que demuestra que no importa el lugar en el que nos encontremos para alcanzar nuestros sueños. Felicito y aliento al Chimalhua para que continúe en el arte de escribir.”

En el texto *Honor a quien honor merece*, el Chimalhua se nombra sólo un Aprendiz de las letras y rechaza el calificativo de poeta como antes se le hubiese nombrado por Gloria del Yaqui y por el maestro Carlos Silva.

Honor a quien honor merece

Saliente apenas de todo lo que me abrumó la pasada noche, me detuve a pensar un poco en lo que me habían dicho. No era malo, aunque aún sigo pensando ¿qué tan bueno era? Aún no poseo respuesta.

El sonido del aire dice tantas cosas que no puedo describirlas, mucho menos lograría escribirlas en esta prosa volátil.

El canto de las aves parece un derramadero de gotas con sangre sobre mi almohada, una almohada construida con

elásticos finos. Pero son elásticos al fin ¿Quién hace almohadas con elásticos? Siempre existe la primera vez. Así lo dijo mi abuela, mi madre, mi hermana, y ahora también lo digo yo. Poco a poco nos vamos volviendo una secuencia utópica en el dilema del decir. Ayer ellos. Hoy yo. Mañana serán otros.

Regresando un poco a lo que me trasnochó los sueños, diré que no es más que una simple cosa, o quizá no tan simple. Aún no lo sé. Sucedió que después de mis clases de letras, o mejor dicho, los talleres de letras, ambiciosamente traté de escribir poemas ¡Sí, poemas! Algún poema que naciera de mí, de este lugar que aprisiona y de aspecto decadente, y que aun así, a veces (sólo a veces), nos deja volar. Así, sumido días enteros entre hojas sueltas y revueltas, entre rejas y al sabor de las lentejas que alimentan pero que nunca alientan, escribí mi primer poema. Yo no lo bauticé como debió haber sido. Yo no lo escribí porque lo haya vivido. Sólo nació porque la noche me mostraba las imágenes de un lugar lejano de mí. Tal vez de todos. Aún no lo sé.

Las imágenes pasaron en cadenas de algodón y lucían colores sepias, colores de melón.

No fue difícil la composición, porque aquí entre nos, el viento me la contó. Fue un poema nacido en medio de la desesperación de la noche por verme sentado ahí junto a lo que yo he llamado balcón. Vaya forma de forzar a la imaginación.

Al asomarse el sol con sus rayos aletargados, esos que avasallan lentamente a cualquier gorrión, comencé a despertarme, embriagado aún con el zangoloteo de la andarina noche recién transcurrida.

No recordaba mucho. Somnoliento tomé las hojas que yacían a mi costado: un papel un poco arrugado. Un escrito casi añejado. Así nació mi primer poema. Poema de noche

y oscuridad, de albores desconocidos y de sentimientos no sucedidos, tendidos sobre un pedazo de metal al que yo he denominado mi cama. Una cama singular.

No obstante, la historia de un poema que yo les quise contar, aun no se las cuento. Y sucede que esto tuvo cierto efecto, resultado que agradezco infinitamente a mi maestro, si me lo permitiera nombrar, aquí su nombre sería, también agradecería a los muchos autores, a los grandes poetas que día con día me enseñan sin saberlo siquiera. Pero eso no es lo que les quiero decir. Lo que en realidad me pasa es que alguien en su pensar, solamente en su pensar, me ha llamado poeta y yo no lo puedo aceptar. Yo que he leído poemas, y la vida de algunos poetas también (debo aceptar que muy poco), entiendo que me falta mucho más. No podría nombrarme poeta desde este oxidado lugar. Yo no pinto a la vida con versos de estricta métrica ni frases de rima inusual. Yo no acepto el calificativo que noblemente me dieron los que leyeron algunos de mis versos producto de mi soledad. No quisiera ofender a los que ciertamente son poetas y que se han dedicado a estudiar tenazmente a la bella forma de poetizar.

Aquí, entre letras mal escritas y con innegable emoción tímida de estudiante, me disculpo, y a bien, también agradezco. Agradezco se me haya llamado con semejante nombre. Y en honor a ellos que me nombraron, escribiré mis poemas que nacen entre los rosales y entre las montañas recordadas, entre los cantos de los ríos y entre la brisa de las auroras, entre los sepulcros, entre las ruinas, entre los rescoldos de los amores pasajeros y entre los silencios de las oscuridades.

No me nombraré poeta. Sólo seré uno más que escribe. Sólo seré el instrumento de alguien más que está detrás de

mis palabras, de mis letras, de mis toscas hojas que a veces me gritan interminables veces como si fueran caninos falderos, apresurándome a poner mi pluma sobre las hojas, haciéndola desvanecer repetida y ágilmente entre líneas para lograr su glorioso cometido.

Sólo éste nombramiento tendré yo:

El obediente. El que sabe esperar pacientemente un desfile de auroras.

El oyente. El que pone atención y escucha atento la orden del viento.

El ingenuo. A veces creyente de que ya ha escrito mil versos ¡Invenciones! Ha sido la noche que no me permite dormir sin antes haberme dicho lo que debo escribir.

“La noche es poesía
que dice “libérate”,
y al caer la tarde,
la voz del crepúsculo
acentúa el verso
sublime del aire,
y la noche trae
con sus manos lisas
una clara imagen
cubierta de brisa
diciendo: ¡Eres libre!,
y entonces la pluma
nuevamente escribe
la historia de un hombre
que canta, que llora,
y que al cielo implora
la venia de Dios...”

IV

Otro año finalizó y, por ende, otro nuevo comienzo. El 2016 le presentaba un panorama más claro, incluso aquí bajo la sombra.

El 23 de abril del 2016 se realizó la presentación del libro TIC-TAC en el CERESO DOS de Hermosillo. Ahí tuvo el honor de compartir opiniones y anécdotas con Jackie Campbell, coordinadora del Taller de Escritura y Periodismo en el que participaron hombres privados de su libertad del CERESO varonil de Saltillo, y que dio como resultado el libro de TIC-TAC. Pero el 2016 le trajo también charlas literarias con Carlos Sánchez y algunas (os) estudiantes de letras de la Universidad de Sonora.

Nunca imaginé que detrás de estas paredes conocería personas importantes. Personas que indudablemente han dejado huellas en mi existencia. Y aunque puedo decir que he vivido en la prisión, tampoco puedo dejar de decir que la vida en la cárcel es muy dura. No encuentro la forma de describir aquella sensación amarga de estar en medio de un motín, o el correr despavorido de los presos por los pasillos y el rugir de las escopetas disparando hacia la multitud de reos, sin importarles un objetivo en particular: éramos presos y eso nos hacía ser el objetivo.

Vi caer a uno y a otros a mi lado. Miré correr la sangre de compañeros de celda por una riña sin sentido. Soy testigo de la brutalidad de los custodios hacia nosotros los prisioneros. Pero han de disculparme, más ya no puedo decirles.

*Y otra vez las rejas, el cigarro,
la jeringa y la marihuana.
Discúlpennne,
eso no estaba contemplado.*

De pronto la conversación parece haberse terminado. En el rostro del Chimalhua una sombra se ha cruzado. Parece que un recuerdo ha ensombrecido su mirada.

Todo fue dramático desde mi llegada a la prisión. Y es que cómo olvidar el día de mi ingreso. En mi cuerpo los golpes estaban frescos. A flor de piel. Apenas y podía permanecer en pie. Los papeles dicen que yo entré completamente sano y sin ningún tipo de lesiones. Seguramente los golpes y las cicatrices en mi cuerpo sólo sean producto de las alucinaciones que tenemos nosotros los prisioneros. Quizá no y ellos mienten. Pero ¿cómo contradecir a la justicia siendo uno el prisionero? Nuestra voz no cuenta. Jamás seremos escuchados.

En la entrada del CERESO de ciudad Obregón había un fuerte operativo policiaco esperando a que nos ingresaran. Resguardándolo de cualquiera que intentara rescatarnos. Nadie lo intentó, y me atrevo a afirmar que nadie lo pensó siquiera.

Las camionetas blindadas en las que nos transportaban (a mí y a otros tres más), tenían ese olor característico de la mala suerte. El trayecto hacia el CERESO fue un juego de luces azules y rojas. Fantasmales y tétricas. Y aunado a eso, estaba el ruido de las sirenas, recordándonos que íbamos de camino hacia un infierno.

Después de vivir un mes en una celda pequeña y oscura, me cambiaron de ubicación. Al principio creí que ya nada podría empeorar: la verdad es que otra vez me equivocaba.

La nueva ubicación era más despreciable que la anterior. En el trayecto hacia el área de Segregados, la gente se abarrotó en las mallas que nos dividían de todos ellos y nos gritaban cuanto cosa puedan imaginarse. Pero no todos los gritos eran insultos ni todas las miradas eran de dureza. Hubo también algunos que aplaudieron nuestro ingreso y hubo

otros que nos admiraban en silencio. Nada de todo aquello me importaba. Yo sólo era un preso más y ellos eran mis compañeros prisioneros. Todos en el mismo pozo infernal de una cárcel.

El fango me cubrió por siete meses. Esa fue la duración de mi estancia en el área de Segregados (o de castigos, como le es llamado en la prisión). Y no estaba allí por mi conducta, sino por el delito escrito en el papel de mi detención.

Nosotros los prisioneros medimos la peligrosidad de una forma diferente. Yo encontré que en la cárcel todos cambian. Algunos para mal. Lo único cierto es que el cambio termina siendo el resultado del encierro.

En el área de castigos aprendí el cómo era la vida en la prisión. Desde luego que la lección pude haberla aprendido en otra parte, como en la población abierta(en donde están los internos bien portados). Pero aquel no fue mi caso. Por desgracia (o por fortuna, depende desde qué ángulo se le observe), a mí me tocó aprenderla en el peor lugar de la prisión.

En Segregados solamente había diez celdas. Seis grandes y cuatro muy pequeñas. Yo estuve en una de las últimas. La más alejada para ser exacto. Ahí no había mucha diferencia entre los días y las noches. El tiempo siempre era oscuro y el ambiente pestilente. Tuve que adaptarme a vivir en ese entorno humillante para poder sobrevivir en el encierro. Y me adapté a la hediondez de las paredes y de los pisos. Me adapté a los baños insalubres y destrozados que tenía mi celda. Me adapté porque tuve que hacerlo.

Yo no sé si alguien puede acostumbrarse a ese entorno deslucido y pestífero. Yo no lo hice y no creo que alguien ya lo haya hecho. Sin embargo, llega un punto en el que ya todo te parece tan normal. Llega un momento que jamás

debería de llegar. El de acostumbrarse a la suciedad de los pasillos y al griterío de la gente y a la interminable sucesión de riñas carcelarias que dan cabida a más temor y a más sufrimiento solamente. Con el tiempo te vas haciendo *pintero*, así lo explicaría el Mochomo, mi compañero de celda. Yo nunca quise serlo, allí me hicieron.

Tantas cosas que se quieren olvidar y tantas cosas que descubrí de mí que atesoro. Para entender la vida en la prisión hay que saber hablarla primero, me dijo el Jimmy.

—¿Qué ostión con el tiburón? Le preguntaron alguna vez al Mochomo.

— No hay pez, es camarón —respondió mientras seguíamos caminando.

Esa tarde me quedé con la duda de qué le habían preguntado y de qué era lo que había respondido. Pero por suerte, el Jimmy estaba siempre ahí para ilustrarme.

— Esa fue una manera de preguntar ¿qué ondas con el *vato* (tipo)? y de responderle, no hay problema, es camarada.

No pude evitar reírme. Estaba sorprendido de la habilidad que tenían para comunicarse sin que todos se enteraran de lo que decían. Entonces entendí que si aquel era mi entorno, también habría que conocer todas las formas de comunicarse para poder vivir dentro de una cárcel.

Y aprendí el significado del “*todo bien*”. Una sutil manera de no decir que las cosas están bien o que están mal. Así nomás. El *todo bien* se va regando por todas partes y se va cosechando la incertidumbre o la confianza de su significado ambiguo. Aprendí también a llamarle a las cosas por su nombre, a desprenderme de aquel joven con léxico citadino para comenzar a ser más *pintero*. A veces deseaba escuchar una música que me transportara lejos de ahí, pero eso nunca

fue posible, ahí sólo había corridos y el rap, o el hip-hop de los que lo improvisaban. La volatilidad de la cultura entre las rejas se atrapaba también entre las rejas y se dejaba escapar entre los suspiros más recónditos de los presos.

V

Otra navidad cautiva y otro fin de año entre las manos. El 2016 casi termina. El Chimalhua va pisando sus mismas huellas mientras avanza por el mini bulevar que conecta el área de los dormitorios y el gimnasio.

—Este año ha sido un buen año —lo afirmó en nuestra última conversación del 2016, siento como que poco a poco me voy convirtiendo en otro. Creo que a veces la prisión también ayuda a reencontrarse con uno mismo. Al menos a mí me ha sucedido. No sé, tal vez es locura, quién podría decírmelo. Pero lo que es cierto es que estamos aquí mirando un cielo gris y nosotros no estamos tan mal como en otros tiempos. Ya ves, antes éramos los que vivíamos preocupados por el futuro y no dejábamos de atormentarnos por el pasado. Aquí se pierde todo. Se pierde la noción del tiempo y se pierde todo lo que una vez tuviste y hasta lo que deseaste. Y después de no tener nada, otra vez la búsqueda comienza, y lo que logras obtener, ya es tuyo. Lo demás nunca lo tuviste a ciencia cierta.

*Sé que puedo estar equivocado,
pero cuyo nombre,
del cual hoy no quiero acordarme,
me recuerda entonces que la prisión no mata,
solamente decapita al nombre,
lo demás siempre será tuyo,
aunque no sea nada.*

El 2016 se va y me deja grandes enseñanzas. Me deja el saber que la amistad crece también en lugares áridos y que se solidifica en lugares hostiles. Me considero afortunado de tener amigos en donde la desolación es tanta. Yo continuo escribiendo, componiendo versos y tratando de plasmar un poco de lo que vivo aquí o de lo que siento en estos días a los que yo he nombrado “tiempos de condena”. Y es que parecemos condenados a tantas cosas que es imposible creer que no lo estamos.

Los recuerdos llegan por las noches, metiéndose por las rejas sigilosos. Duermo y me sumerjo en esa otra realidad inexistente, pero a veces suele ser tan tangible que me hace despertar más confundido. A veces me pregunto si todo lo que he escrito no será también un sueño.

El Chimalhua ha escrito tanto de las noches, y es que son precisamente las noches en donde han nacido la mayoría de sus textos, como es el caso del siguiente.

Cuando la noche llega, las llaves se van

El tintinar de las llaves se aleja, se ausenta. Los murmullos renacen. Los cuchicheos florecen suaves, aletargados y somnolientos. Las voces despiertan una a una y después por montones. Primero lentamente y después agitadas. Apresuradas. Una encima de la otra. Como si fuera de día.

Las llaves no están. El *llavero* no importa. Las llaves se han ido.

Los cuchicheos se pierden. Los murmullos florecen y se vuelven gritos muy fuertes: estridentes y agresivos. Las celdas se llenan de pronto. Hay gente que habla, que canta, que grita. Hay gente que vive, que siente, que llora y que muere.

Al llegar la noche y cuando las llaves se van, se pide la "pluma", porque aunque no me lo crean, es la hora en la que muchos escriben. Cuentan historias. Rayan paredes. Se rayan el cuerpo. Las venas.

Se piden los "focos" porque aquí nos gusta estar iluminados, alumbrados un poco, aunque sea con luz química y menos artificial. Con una luz que violente. Que encienda.

Al fondo, donde también se vive y las llaves se han ido, alguien da señal de vida con un grito activo pidiendo un "traste". Y es que la noche es el momento perfecto para cocinar. Quizá comer. Quizás un café. Quizá mirarlo. Y mirar no es bueno, eso se aprende con el tiempo. Tú no lo sabes. O quizá sí. Quizá lo ignoras sin saberlo. Da igual: a nadie le importa.

La noche es cuando todos enferman y no existe más socorro que la solidaridad de un buen compañero que está para atenderte. Las "malillas" acechan, persiguen, asaltan y derrumban de nuevo fronteras, barrotes, puertas y cerrojos.

El tiempo se consume y no te das cuenta de su paso. Te sumerges en una ilusión de impulso y arrebató. Y luego se escucha la música en un lugar lejano. No tan lejos para la Hormiga que baila frente a la cuatro. Una celda concurrida.

Y otra vez los gritos se acentúan pidiendo un *baisa*, un cigarro o una *bacha*. Y si se puede, una *chispa*, una *cura* o una *gota*. Lo que sea es aceptado, *ai échele lo que guste*. No nos ponemos en los moños, dice el Tranzas.

El bunker se ha vuelto sólo un espacio alcahuete que cubre y engaña de la misma forma que la boca. Los labios se agrietan con el frío. El tabaco ya ni siquiera se pega. No alcanza. Y la necesidad crece con el silencio y el alboroto.

¿Parsimonia o imprudencia? El Rojo no lo entiende de ninguna forma. Y sobre la "chalupa" (pero no de aquella en

la que se navega, sino de la otra, en la que cabe toda una vida y se desgasta el alma y se corroe el espíritu) coloca una parte, sólo una fracción de lo inaudito, de la desesperanza o de la locura, y la consume ávidamente como si el tiempo se le extinguiera.

El Rojo vuelve a colocar un poco más de aquello porque le gusta el *rachazo*. Y cambia la música y la valentía florece. Derriba helicópteros y dispara metralletas. Enfrenta Ejércitos y Marineros, Federales y contrarios. Desafía lo que sea con el pecho encumbrado.

Pero las voces resurgen en su alucinación homérica y destructora y las celdas se transforman en camionetas blindadas, con "*feos*" y "*cabezones*" en sus adentros, vomitando fuego a discreción en contra de sus barricadas. Barricadas que poco a poco caen a pedazos como la noche.

Y el miedo lo invade y lo ataca. Lo persigue y lo mira. Sus compañeros carcelarios se han ido. Sólo quedaron los que lo odian y quieren aniquilarlo. El Rojo lo sabe. Lo sabe y el miedo lo invade. Se atrapa entre las paredes que no se derrumban y entre las puertas que se cierran (ahora más que antes). Y no existen amigos y no existe la ayuda. Y las llaves no vuelven.

La desesperación lo hace gritar. Pedir auxilio a quien nada escucha. A quien nada siente. Sólo sienten molestia por no poder dormir y arremeten contra él con las palabras cotidianas de una madrugada fría y carcelaria. El Rojo no se calla. Sólo espera que pronto, muy pronto, vuelvan las llaves. El llavero no importa, solamente le importan las llaves. Que no se vayan. Que no llegue la noche. Pero en el fondo, muy en el fondo, todo aquello le gusta. Le gusta vivir de noche, sentirse fuerte aunque siempre termine corriendo, llorando, temien-

do a lo que no existe. O quizá, que nadie más lo cuente.

Pero no sólo ha escrito de las noches, también ha escrito de los días y del sentir prisionero. Incluso ha escrito también de lo que sucede afuera. Esto lo ha hecho mediante retazos de información que le han llegado. A veces información incompleta, sin embargo, son textos que para nada quedan inconclusos.

Pateando balones

Oye, carnal, ¿Será que ya es hora de comer? Siento un vacío enorme en la panza. Ojalá que no vuelvan a darnos gallina pinta otra vez: eso y el pozole ya me tienen bien ondeado. Pero parece que aquí no saben cocinar otra cosa. A todas las comidas quieren ponerle pozole a chorros para que rinda, y la carne nunca se nota ¡Ah!, pero lo que sí se avizora es la mugre por todos lados, la basura, la carencia.

Oye, carnal, ¿fumas? Yo a veces. Cuando estoy ondeado y cuando estoy nervioso. Ya ves que aquí la vida está de la fregada: cuando no te friegan de una forma lo hacen con la otra. Si te portas bien, porque estás bien. Si te portas mal, porque estás mal ¿Quién los entiende? Ya estoy harto de estar encerrado. Ya me curé de la pinta.

¡Mira! Allá va el Duende, a ese sí que le *fregaron* la vida. Ahora camina como el rengo maldito, y la maldición le vino por parte de los mulas que abusaron de su fuerza y de su poder, de esos que *dizque* deben de cuidarnos.

Sí, carnal, todo está de la fregada. Y eso que no pasa nada. Si supieran todas las fregaderas que nos hacen aquí adentro, cualquiera la pensaría dos veces antes de llegarle a la *grande*.

¡Ándale!, mejor vámonos por unos helados. A mí se me antoja una de fresa, chance y así se me quita este pinche sa-

bor a humillación que traigo entre la lengua. Ojalá que nos atienda el Güero. Ya vez que ese loco siempre nos hace el paro y nos pega en el pecho con una *dorada* (diez pesos) para los cigarros.

¡Eh!, carnal, ¿te acuerdas del Hermosillo? Pues dicen que está muriéndose en el hospital, solito solito como un perro...No, si te digo que la vida está de la chingada. El otro día que me andaba sintiendo mal bajé para la clínica, y antes de que les dijera algo, me batearon con un rotundo "*no hay medicamentos, muchacho*". Y ni modos, carnal, tenemos que aguantar el *pancho*, ya vez que luego dicen: se ahorcó porque estaba drogado.

En la prisión no nos queda de otra más que morir callados. Tal vez así como los ahorcados.

Oye, carnal, ¿Y tu jefita hace cuánto que no viene a verte? Ya sé, carnal, afuera todo está bien *cañón*. A veces que veo la televisión frente a la celda del Güero veo que en las noticias nomás dicen que el dólar sube y que hay aumentos en la gasolina, en el pasaje y en la tortilla. Y pues con eso, de la visita ya mejor ni hablamos, carnal.

¿Y qué onda, pues? Vámonos para el campo a correr un rato, ya vez que allá de perdida te desestresas y te olvidas de esta realidad tan pinche que nomás te chinga la mente. Vente, carnalillo, vámonos a patear el balón un rato con la raza, chance y esta vez sí les ganamos y nos llevamos una sodita bien helada para la hora del laqueo.

Qué onda, carnal, ¿Todavía no te duermes? Yo tampoco he podido hacerlo con esos gritos y ese ruido. Quién sabe qué cosa estará pasando en los otros pasillos. De seguro habrá un difuntito. O quizás un enfermo o un cortado. Es lo más seguro, ¿no? Pinches guasones. Están bien curados los

locos. Lo bueno que ahorita aquí todos están calmados, sino pues ya estuviéramos también alertas a lo que pasa.

¿Recuerdas que antes caminábamos por las noches y grafitábamos todos los puentes? Esos tiempos nunca se olvidan, carnal. Recuerdas que antes se pintaba con gracia, era nuestro arte el que contaba nuestras vidas y la gente podía leernos en ellos, ahora los cholos nomás ponen sus placas por ponerlas porque ya ni siquiera saben lo que escriben o lo que rayan. Mira ese *placazo* de allá, todo cómico el güey.

Otra noche que se nos va imaginando que andamos dando el rol con las *morritas*, las de la quince, ya vez que ésas sí están bien *comiconas* ¿no, carnal?

¡Ah..., qué recuerdos los del ayer bonito!, Los de la libertad a puños. Cuando éramos morillos y que nos íbamos a bañarnos a los canales con todos los plebes de la colonia. Ahí nomás era pura vida la de nosotros. Pero ni modos, nos tocó bailar con la más fea, carnal, y la más fea fue esta intrusión de la droga a las escuelas, en las colonias, en las que ahora ya ni se duerme con las puertas abiertas, ni se camina por las calles en la noche porque ya cualquiera es un malandro hecho y derecho, y nosotros que nos fregamos a uno que nos fregaba la vida más gacho estamos pagando como si hubiéramos matado a un santo o a un futuro presidente... Pero ya ni llorar es bueno, carnal, mejor hay que cerrar un rato los ojos porque ya se escuchan las llaves por allá. Seguro les están abriendo a los cocineros ¡Otra vez se nos fue la noche sin dormir!

Te digo, loco. Cuando me drogaba nadie me decía nada, y ahora que ya no le ando poniendo a la loquera todos me dicen que ando bien loco ¡No, si ésta loquera es natural! La otra nomás era por seguirle el rollo a los compas.

Te dije que nos iban a decir que nos amanecimos loqueando. Cómo se ve que no saben nada de lo que se siente estar encarcelado.

¡Eh!, *we*, vamos a patear el balón otro rato, chance y ahora les ganemos, carnal. La neta traigo la onda de tomarme una *sodita* bien helada. Qué le hace que terminemos bien cansados. Al final de eso se trata ¿Qué no, carnal?

Mira aquellas nubes, carnal, parece que son dragones agarrándose a *chingazos*. Te digo que ya todo está de la fregada ¡Hasta las nubes se pelean!

¡Tírale, carnal! ¿Qué, apoco no quieres tomarte una *sodita* bien helada, carnal?

¡¡Gooooool!! ¡Eso es todo, carnalillo! ¡Así se hace, carnal! ¡Ahípara que vean de qué cuero sale más correa, morrillos!

Vente carnal, vámonos para la celda, no sea que a estos plebes se les antoje jugarnos la revancha y terminemos con las manos vacías como siempre, carnal.

Sus textos han ido creciendo en cuanto a calidad. Es poco y él es muy exigente consigo mismo. Ha criticado sus mismas obras y las va remasterizando lentamente. En el 2016 se realizó el concurso “Que corra la tinta”, convocatoria lanzada por el ISJ (Instituto Sonorense de la Juventud). Su texto, *Bajo la sombra*, fue uno de los textos seleccionados, haciéndolo acreedor a un diploma como ganador del Concurso de Literatura 2016 “Que corra la tinta”.

VI

El 2017 comienza con más fuerza que nunca. Este año se define su situación jurídica y además la idea de continuar escribiendo va creciendo considerablemente. Este año qui-

so, porque cree que la Literatura así lo amerita, estudiar italiano y latín. Desde donde se encuentra las cosas parecen ser más difíciles y todo el entorno parece ser infructífero, sin embargo, él poco a poco ha venido demostrando que cuando se quiere lograr algo, el dónde estás jamás importa.

El Chimalhua continúa trabajando y va haciéndolo con más ímpetu. Ha sido incansable en cuanto a la búsqueda de vivir. Él no acepta sólo sobrevivir en este mundo: la vida es para vivirla al máximo, y a menudo, mientras vamos buscando erradas formas de vivirla, la vida se nos pasa con la velocidad de un parpadeo.

El trabajo en la prisión me ha ayudado para que el tiempo se haga más llevadero. Es una manera de hacer que el tiempo corra más rápido o de que uno avance a su paso. Cualquiera de las dos cosas sería.

Este año fue el año en el que el Chimalhua incursionó en el género de la Crónica. Terminó de escribir su libro *“Para que les conste”*, en el cual narra el cómo es la vida en la prisión a través de textos que expresan los sentimientos sin suprimir las voces más floridas de la jerga carcelaria.

Don José se aferra en ser el bueno y yo trato de respetarlo, pero adentro lo manso se confunde con lo menso, se lo he tratado de explicar de mil maneras y él no quiere entenderlo, porque sé que es eso. Nomás no quiere entenderlo.

A veces, cuando apago la luz en mi celda, miro que sobre las paredes se van dibujando sombras en formas de rostros de los que se fueron al otro mundo. A veces creo que me estoy volviendo loco. Pero tal vez la vida ya es una locura por sí sola.

Sueño. Sueño pero al revés, le dije al José el otro día y soltó unas carcajadas que hasta hizo que yo riera también. Él dice que no

puede ser posible. Yo creo que ya cualquier cosa puede ser posible.

De la comida mejor ni hablamos. Eso parece todo. Menos comida, claro.

Una vez me dijeron que estaban dando ensalada de atún y yo pensé que las cosas estaban mejorando, pero cuando vi que comenzaron a pasar los otros presos con sus platos de comidas, vi que sólo era un poco de repollo, zanahoria y demasiada cebolla revueltas con no sé qué, simulando una ensalada de atún. La comida es mala, se lo aseguro. Pero eso es lo de menos. Aquí adentro existen otras cosas que duelen mucho más que la comida.

O en este otro texto en el cual escribe sobre el desdén de los que están presos sin ser del todo culpables.

Conversación de noche

En este mismo momento, quizás estén allá (refiriéndose a la casa de los Pinos) hablando de los acontecimientos ocurridos. De los setenta y un muertos que van (y contando) por los disturbios de Venezuela. Han de hablar también, porque la situación así lo amerita, de los problemas en el otro mundo, de la economía Europea, de los atentados sirios y de otras tantas tarugadas, me dijo mi compañero. Claro que él tampoco es un crítico político ni letrado. Ni mucho menos un personaje decente ni condescendiente con lo que pasa. Eso ya lo he visto desde antes. Pero algo de cierto ha de existir en su palabrería, algo en su voz ha de ser cierto, me dijo el anciano que duerme junto a nosotros.

Y el asco que da ver a los demás presos levantando la comida que otros han depositado en el suelo es inmenso. Tanto, que ahora ya nos hemos vueltos tan indiferentes a la inmundicia. Eso también lo ha comentado el Duende en ocasiones anteriores.

Fíjese nomás, uno aquí peleándose por un taco, y ellos allá (refiriéndose a los políticos), gastando en tanta chuchería innecesaria.

Sacos de marcas que ni conocemos y de los que cuelga un precio casi visible para que nosotros sepamos que son caros los condenados. Pero aquí, repito nuevamente, la gente está muriéndose de hambre, mi amigo-. Añadió el anciano nuevamente.-Preocupados por el resultado de las elecciones en otro país, pero miren aquí, adentro de la casa, como decía mi abuela, y se darán cuenta de que también está de la fregada. Ah, pero cómo voy a decirlo diferente, si esto así es y no soy quién para decirlo con hermosos atavíos. ¿Acaso ya se han olvidado de nosotros? ¡Claro! ¿Y cómo no habrían de hacerlo si nosotros siempre nos quedamos callados? Pero ya estuvo bueno, les dije a los de la colonia en aquella ocasión. Mejor vamos a caminar por las calles y llevemos pancartas en las manos y coreemos ¡Ya basta del mal gobierno! Pero después de eso vino la policía, ésa que nunca trabajaba pero que justamente aquel día se le ocurrió salir a las calles a detenernos, a evitar que habláramos, a lincharnos con sus declaraciones anarquistas y a acusarnos de sediciosos. No debió de extrañarnos que nos asieran aquel día. El buen juez empieza por su propia casa, y el malo lo hace de la misma forma.

Este es un fragmento de lo que el Chimalhua escribió en el prólogo del libro:

Sin embargo, también es la noche donde florecen la mayoría de las crónicas y relatos de este libro. Las noches son cuando florece el sentir carcelario y las divagaciones de los que se encuentran privados de la libertad escapan más allá de las rejas y de las torres que los vigilan. La noche es el espacio en donde minuto a minuto se tejen lentamente las verdades indecibles y, en ese tiempo abrupto e inescrutable, los sentimientos guardados resurgen a través de canciones o de conversaciones alargadas y vivaces; y entonces el tiempo se hace más brumoso y la libertad se vuelve una añoranza que únicamente puede ser plasmada en líneas, o en las paredes, o en cualquier otra superficie que para los presos sea como un

“Para que les conste” de lo vivido ahí; ya sea que estén en los castigos o en los dormitorios, en los pasillos de los pabellones o en cualquier otro lugar en el que se encuentren dentro de una cárcel.

El año ha corrido con más prisa y casi se termina. El trabajo va en aumento y los resultados son frutos satisfactorios. En noviembre, en el CERESO DOS de Hermosillo se realiza la semana cultural. El Chimalhua vuelve a destacar en el género literario. El Director del centro penitenciario lo presentó con una breve semblanza, de la cual aquí tenemos un fragmento.

Chimalhua nació en el estado de Veracruz. Y desde el año 2014 se encuentra recluso en este Centro de Reinserción Social, Hermosillo Número Dos.

A lo largo de su estancia, el Chimalhua, como se lo conocen sus compañeros, se ha dedicado a estudiar, trabajar y a compartir sus aprendizajes con otros internos. Ha incursionado en la escritura con los géneros de poesía, de las que destacan los poemas:

***Poetas de barrios** y el soneto **El Cautivo**, en el género de cuento, destacan sus textos: **El duelo**, **Tardes grises como de otoño**, entre otros.*

*Ha escrito también **Calaveras Literarias**, **Mini ficciones** y, recientemente, ha comenzado a escribir **crónica**, con la que ya está participando en el **Concurso del Libro Sonorense** con su libro **Para que les conste**, una recopilación de crónicas carcelarias.*

Pero el Chimalhua no solamente ha destacado por sus participaciones literarias, sino que también ha destacado por su apoyo como asesor en el Área Escolar, Multiplicador del Curso ASUME, colaborador en el Área Cultural y colaborador voluntario en la Clínica de Desintoxicación y en la Clínica de Tuberculosis.

Dicen que la prisión te mata. Pero Chimalhua también se repite a diario “lo que no te mata te hace más fuerte”. La prisión no lo

ha matado, es claro. Sino que más bien le ha enseñado todo aquello que desconocía y ha tratado de encontrar en el encierro nuevamente la dirección de su existencia.

“El tiempo que he pasado en la prisión no ha sido un tiempo perdido”, lo ha dicho muchas veces en los discursos que ha ofrecido dentro de la cárcel. Y efectivamente, Chimalhua ha sabido vivir dentro de la prisión y ha sido productivo en un lugar que la mayoría piensa, es un lugar infructífero.

Chimalhua ha participado en diferentes concursos Nacionales y Estatales a niveles penitenciarios y en convocatorias abiertas, de los que a la fecha, ha ganado cuatro concursos en el estado de Sonora:

*Concurso Estatal de Calaveras Literarias 2014, Concurso Estatal de Calaveras Literarias 2015, Concurso de Literatura 2016 “Que Corra la Tinta”, Concurso de Literatura 2017 “Soltando la pluma”. En el último concurso, el Chimalhua ganó en el género de Poesía con el poema “**las velas del velero**”*

El Chimalhua deleitó a los presentes con su poema **permiso para morir:**

*¡He gritado! Escuchen mi voz.
Hermanos, ustedes que no miran,
mírenme aquí, gritando.
De arriba abajo el sol calcina.
Tanto andar y tanto frío.
¡He gritado!
Es lo que dije.*

*El silencio de mi voz escapa
y la oscuridad en mis ojos avanza rápidamente.*

Es tarde. Lo sabes.

*Sueños enfrascados.
Un abismo cuantioso.*

*Pronto moriré.
Es cierto.
Me lo han dicho.
Pero las violetas, el amor y los reproches,
y todo junto con el dolor, la cárcel,
las rejas y los recuerdos de antaño,
van matándome lentamente.*

*El tiempo es así cuando más extrañas.
Son los huesos sobre la piel
y la piel entre las venas.
Qué más da si aquí no existen pistolas
ni lanzagranadas,
sólo existe una pizca de sal en el alma
y una brasa gigante en el iris que calcina
y en otras
te desarman...*

*Déjenme ir, hermanos.
Se los suplico.
El mar en tus ojos y la arena fina en tu garganta lastiman.
Me acobardan. Lo juro.*

Los quiero. Los amo. Me muero.

*Una mujer bailando entre la sombra
y un cigarro humeando hasta el cielo.
Es viernes. El de la mala suerte.
Las torres, los muros y la sangre corriendo.*

¡Déjenme ir, hermanos!

¡Dejen que sienta el frío!
El de la muerte, les digo.
Dejen que muera para seguir estando vivo.
Amar es dejar, dicen los que nunca amaron.

*Me llevo de ti un sabor entre la lengua,
un dolor entre mi pecho y el alma hueca,
un atardecer que jala el gatillo y ataca,
y esa maldita frase que sigue estando en el papel
me detienen para contestar que no,
que no soy un cobarde,
que solamente estoy muriendo y tengo miedo
de volar hasta el olvido.*

¡Déjenme ir, amigos!
¡Déjenme ser como un halcón
y mírenme volar
por cielos desconocidos!

*Déjame decirte adiós
bajo el cielo nocturno,
bajo esta tarde de invierno,
bajo este mundo tan tuyo.*

Claramente vemos aquí los sentimientos del Chimalhua. Se percibe su cansancio quizás por el encierro o por una enfermedad que siempre lo acecha. Pero eso solamente se verá escrito entre sus líneas, porque en su rostro no se encuentra rastro alguno de lo que lo enferma. El Chimalhua ha sido un guerrero y se considera como el fénix, símbolo con el que se identifica.

EL FÉNIX

*Fueron noches de infierno:
corredores oscuros, celdas frías
y un sinfín de lamentos que aturdían
y hundían una estaca en mi garganta
hasta volverme loco.*

Permanecí ahí, puedo decirlo con franqueza.

*Morí, Dios ya lo sabe.
Me atacaron demonios de fieras garras
y a veces también me hundí en el abismo de sus almas.
No soy quién para negarlo.
Estuve ahí. Se los admito.*

*Una lengua retorcida y un juicio con dislexia.
Un defensor que no defiende y un acusador sin un reclamo.*

*El abismo es cruel.
Se mide en años.
Se los confirmo.
Fueron días de tormento:
alimentos aciagos, personas infectadas
y otro sinfín de males que nos achacaban
a nosotros los prisioneros
hasta dejarnos muertos:
con los ojos sin luz,
con la voz sin sonido,
con el aliento ausente.*

*Permanecí ahí
(quiero decirlo),
en la densidad de aquellas horas grises,*

*en la infinidad feroz de pasos perdidos por las paredes,
en las inmensas confusiones del dolor y la esperanza,
en medio de las grises tempestades de una incertidumbre siempre
hiriente.*

*No sé si Dios estuvo presente.
Yo no sé decir que el cielo existe,
pues aún no lo conozco.*

*No sé si más allá de los crepúsculos invernales aparece el sol
más centellante.
No lo sé. Yo no estuve allí. Se los confieso.*

*No estuve ayer cuando un pequeño dio sus primeros pasos.
No estuve ayer cuando la anciana de negros ojos lloró por saberme
ausente.
No estuve ayer cuando mi hermana quiso que yo estuviera y yo
no lo supe.
No estuve por largos años tan cerca de los míos como yo lo quise.
No estuve ahí...
¡Oh, Dios, cuánto lo siento!*

*No estuve ayer
porque unas rejas me tuvieron prisionero.
No estuve ayer
porque un error
llegó primero...*

*Ayer estuve vivo y estuve ausente de los míos.
Hoy me encuentro ajado y lamento decirles desde aquí cuánto es
que los quiero.
Ayer. Hoy. Mañana.
El tiempo son palabras vanas que no traspasan el alma.*

*Ayer fui un viajero que se aventuró en un viaje hasta el infierno.
Hoy soy un fénix que vuela de un abismo atroz
para volar por cielos nuevos:
cielos más altos,
infinitos más claros.*

El cierre del 2017 no podía ser de otra manera. El Chimalhua estuvo presente en el café literario que se realizó en el CERESO. Y otra vez la autora de **Humoremas** (Gloria Barragán Rosas) estuvo presente. Así como José Terán, autor del libro **Crónicas de El Homo Macchina**. El Chimalhua también tuvo la oportunidad de leer su texto *El infierno viene después, cuando la tormenta se calma*”.

Y los años pasan y los días son más claros para el Chimalhua, incluso bajo el cielo gris que lo cubre a diario.

No sé si mañana esté aquí o si despierte y ya nada de esto exista. Lo único cierto es que hoy, esta es mi realidad y trato de vivirla al máximo. Es difícil hablar de felicidad desde lugares decadentes como el interior de una cárcel. Pero recuerdo que una vez quise vivir y pedí al cielo otra oportunidad para hacer todo aquello que aún no había hecho. Creo que lo que pedí se me ha concedido y no pienso malgastar todo lo que se me dio nuevamente.

En cuanto a mi trabajo, a lo que a diario escribo, quiero mejorar. Quiero escribir y llegar a ser un escritor que traspase paredes y rejas. Quiero volver un día al lugar en el que nací y recorrerlo nuevamente descalzo como de niño. Quiero sentir en mi piel a mi pueblo y recordarme a mí que aún sigo vivo.

RAÍCES

La flor de mi niñez ardía entre pétalos de soles.

*Quisquillosos amaneceres
y el vaivén de los columpios bajo los robles.*

*Espigas de maíz con astillas de sol entre los dedos.
Un botón de mar en medio de los ojos de una garza
y el maullar de cien gatos monteses por el ejido.*

Veracruz distante.

*Los bramidos del novillo,
un marinero que avanza sobre olas enfurecidas,
el quiquiriquí del gallo a las cinco de la mañana,
el aroma inspirador del café servido en tazas de barro claro,
y en el fogón
 el dulce néctar de mil alboradas juntas;
son raíces que me enorgullecen. Me llevan de nuevo al cielo.*

El Caobal con huertos. En Monteverde, el río.

*Nada nos hacía falta:
ni en invierno el frío,
ni en primavera, brotes.
Sólo éramos una risa de chiquillos
enternecida.*

Sonrisas dilatadas. Abrazos de pradera.

Jamás nos invadió el miedo.

Dóciles terracerías

enlazando el Ixtal y el Monteverde.

Una alabanza de cultivos.

Una elegía de los niños.

*Un lírico componiéndole versos al frijol
y los vástagos de caña y los cetrinos cafetales
mirándonos con regocijo.*

*Éramos nosotros
los de la mente viva,
los del Caobal ignoto.
Los provincianos mansos:
Veracruz intacto.*

*Éramos cual semillas de ajonjolí
en campos abiertos.*

*Éramos uno en ellos.
Éramos
simplemente
nosotros.*

Ha pasado tiempo desde que nos conocemos. Y digo ¡conocernos realmente! A veces miramos caras y escuchamos palabras vacías y definimos esto como conocer a alguien. Sin embargo, la historia detrás de la mirada es más profunda y nada tiene que ver con la apariencia o el entorno. El Chimalhua y yo tenemos tantas cosas en común. Comenzando por el nombre, los apellidos y por este encierrotiránico. Somos uno mismo y seguiremos así hasta que dejemos de existir en este mundo, se los aseguro.

RELATOS

**La cárcel doblega;
edifica o consume.**

El infierno viene después, cuando la tormenta se calma

Desde el comienzo respirábamos con dificultad. El aire nos pareció tan pesado que a veces nos fue imposible respirarlo para poder vivir. Y aunado a eso, estaba lo otro, lo de las esposas, les digo. Las esposas nos apretaban demasiado, y como ya teníamos tres días con ellas, pues las manos estaban laceradas y los talones todos molidos a causa de la fricción con los grilletes.

El día en que nos detuvieron fue dramático en exceso, según creo yo. Primero vino la persecución en la que nosotros huíamos y ellos eran los que nos seguían. Y después (no sé en qué punto sucedería esto), nosotros éramos los que los perseguíamos a ellos. Todo era como un juego de locos y lleno de locura, porque claramente ahí no habría otro ganador que no fuera el gobierno. Nosotros lo sabíamos y estábamos conscientes de que ya no podríamos salir de la ciudad: a las ocho de la noche la ciudad ya estaba rodeada y de ahí no podríamos salir jamás. Sin embargo, nosotros creímos tener una oportunidad, sólo que la oportunidad se nos quedó tirada sobre las banquetas, tendida, con los ojos abiertos al cielo y con el cuerpo frío, tiritando en el otro mundo.

Estábamos los dos codo a codo tirando balazos. Uno tras otro. Cargador tras cargador, y nada de ir hacia atrás: para atrás ni para agarrar vuelo, me dijo el Siete. Yo le seguí la cura y mírenme aquí. No sé quién perdió más. Si él que ya no está, o yo que me aventaron años como si fuera un dinosaurio. Pero ya qué le hacemos, ¿no?

¿Y usted qué va a hacer con esta historia? ¿A poco la quiere para un trabajo? ¿Qué, a poco va a psicologarme? Mire

nomás en lo que uno se vuelve: sólo un rato de conversación para otros que nos leerán y pensarán que estamos locos...

Pero le decía, después de que mataron al Siete, supe que ya todo se había terminado. Recuerdo que lo miré tirado en el pavimento y también puedo asegurar que lo vi hundirse en su misma sangre. Por un momento me olvidé de los plomazos y del maldito tronar de "los erres": el Siete ya estaba muerto, y quizá por eso, nosotros también pronto lo estaríamos. Pero la vida no se acaba hasta que se acaba, me dijo mi padre un chingo de veces. Y nomás por eso me levanté y les rocié todo el cargador de mi *cuernode chivo* a los que lo mataron, logrando hacer que los soldados se hicieran hacia atrás. No, si también a los guachos les entran las balas ¡¿Cómo de que no?! ¡Claro que también sienten miedo los cabrones! Pero las balas también se terminan, y si no tienes más gente que le atore, pues terminas como yo, valiendo madres encerrado. O como el Siete. En el otro mundo, por ejemplo...

No, no siempre fui así. Cuando estábamos chamacos yo era el más tranquilo de mis hermanos. Siempre le tuve miedo a la oscuridad y no me gustaba pelearme ni andar de revoltoso. Ni siquiera fui travieso. Pues no sé en qué momento uno cambia tanto, señor. Fíjese que una vez íbamos toda la familia de vacaciones para Durango, y antes de salir, nos atoró una camioneta con un chingo de gente armada y terminaron quitándonos todo. Nos quitaron la camioneta, el dinero, los teléfonos. A mi mamá le quitaron el reloj y hasta el anillo de bodas. ¡Sí! ¡Claro que da coraje! Pero el coraje más grande es el que viene después, cuando llegas a poner la denuncia y nomás te dicen: "*a ver qué podemos hacer. Pero mejor no se enreden señores, ya ven que esas gentes son muy rencorosas.*" Eso sí da más coraje, se lo aseguro. ¿Qué

tanto influyó? Pues no sé decirle que mucho, o poco, porque tampoco quiero excusarme por lo que hice. Pero lo que sí le puedo asegurar es que ya no me la volvieron a aplicar.

Yo tomé un rumbo que nadie quería para mí. Pero el destino es así: cada uno con el suyo, y el mío estaba en llegar a la prisión por la muerte de aquellos militares. Los mismos que mataron al Siete y a toda mi gente. Al fin de cuentas yo también ya estaba muerto. ¿Por qué? No sé qué signifique para usted estar muerto. Para mí, por ejemplo, es esto. O como el Siete. Pero se me hace más gacho morir de esta forma que de la otra. El Siete era un bato cabrón. Pirata sí. Pero cabrón. No conocí a nadie que lo hiciera ir hacia atrás. El morro siempre iba hacia adelante. No le importaba con quién ni con qué, él sabía que la única manera de salir vivo, era siempre atorándole. Pero la vida es canija y nosotros lo sabemos perfectamente, se lo aseguro.

A los quince años comencé con esto de la *malandrinada*, primero pues era uno más como cualquiera. Era un morro que nomás quería ganar dinero para gastarlo con las morras y los camaradas. Pero a como fue pasando el tiempo, el cuero se me fue curtiendo y me fue quedando este pinche sabor a plomo sobre la boca y entonces dije: ¡no *mames*, ¿en dónde está la pinche vida?!

Sí, a veces, cuando me tocaba andar solo, me tiraba hacia la sierra, y allá en donde nadie podía verme, me sentaba a llorar como un pinche loco. No existe peor soledad como la de aquellos momentos, en los que a pesar de traer suficiente dinero en la bolsa, no tuve a nadie por un lado; no existieron amigos ni existieron hermanos. No existió la familia ni nadie que me estuviera esperando. Y aunque en algún lugar lejano, quién sabe en dónde, haya habido una familia que

te espere, siempre quieres olvidarlos. Es lo mejor para nosotros. Lo mejor es olvidarse de ellos porque sólo te harán sentirte más débil. Los recuerdos te hacen titubear a la hora de aventarte un jale. Pero el querer olvidarlos no significa que puedas hacerlo, por eso me sentaba a llorar en medio de la sierra sin que nadie me viera. Porque los sicarios no lloran, no sienten. ¡¿Qué, a poco no es eso lo que usted piensa?!

Eso de los grupos antes yo no los entendía muy bien. Primero que si son gente de fulano, de mengano o perengano ¡Me daba igual de quien fueran! Al fin de cuentas todos éramos malandros. Lo único que a mí me interesaba era ganar dinero y andar en el refugio. Refugio que poco a poco fue convirtiéndose en fuego cruzado y muertos de a verdad. Ya no eran muertos solamente de palabras ni de oídas, sino que comencé a ver cuerpos tendidos sobre las banquetas. Así como el del Siete. Pero aquéllos eran más simples, por así decirlo. Ninguno me pesó tanto. En aquel tiempo creo que llegué a sentir desprecio por la vida. Todo aquello que vi me hizo sentirme tan vacío que a veces envidiaba ver a los morros de mi edad que andaban por ahí paseándose sin saber que nosotros estábamos detrás de sus pasos. Acechándolos siempre. A veces buscando presas. A veces sólo vigilándolos. Viendo que no anduviera entre ellos alguno que quisiera darnos para abajo. Y la gente ni siquiera se daba cuenta de nosotros, de nuestros pasos.

Pero algo es cierto, era vivir en medio del ojo de un huracán. Pasé de estado en estado trabajando. En todos los estados en los que anduve, pude ver cómo la *malandrinadase* teje desde lo más alto. Nosotros sólo somos los “*para bolas*”, como dicen aquí. Somos los que hacemos el trabajo sucio. Los grandes andan arriba. En lo más alto. Sin nadie que los

moleste. Sin preocupaciones de nada. Ellos sólo mueven sus fichas, y cuando uno ya no les es indispensable, pues nomás te mandan al ejército o a los federales. Y ya ve cómo termina esto. Terminamos encerrados o muertos. Al rato, otros estarán haciendo lo que uno hacía. Todo es cuestión de tiempo, y el tiempo jamás se detiene, señor.

No tengo hijos porque no tuve tiempo para eso. Para cuidarlos, le digo. Criar a un hijo en estos tiempos está bien cabrón. Mis respetos para los que lo hacen y que han podido hacer que no se les salgan del redil. La verdad, por donde le mire usted, esto es una chingadera. No quiero saber dónde: si en las escuelas o en las calles. Mire nomás, ahora hasta reclutan morrillos que todavía no saben ni lavarse los dientes.

Sí, por eso no tuve hijos. Creo que ya es difícil la vida que he llevado, como para arrastrar a los demás conmigo. Aparte, el tiempo. Sí, el tiempo me hizo falta. No me alcanzó para conocer a una mujer que me enseñara, o me recordara, que yo aún estaba vivo: desde hace tanto tiempo que me siento muerto, que llegué a creer que jamás me matarían. Hoy desperté y me di cuenta de que no, que aún no estaba muerto, sólo que ahora ya es demasiado tarde para eso. Ya me encuentro ardiendo en el infierno.

Pues dentro de lo malo, lo peor, es lo que me dijo el otro que también cayó conmigo a la prisión. Yo lo reconozco, soy culpable de todo lo que se me acusa. Pero es más triste todavía estar preso y que contigo venga una persona que sabes bien, no tiene nada que ver con todo este enredo. Él nomás era uno de los que estaban ahí cuando comenzó la balacera. La balacera duró cuarenta y cinco minutos. Para mí fueron como veinte horas. En ese tiempo vi caer a uno tras otro y vi morir a mis únicos compañeros. Gente que al igual que yo,

se rifaban la vida todos los días. Pero le decía, cuando terminó la refriega y me rodearon los militares, pues también se trajeron al señor, que porque *dizque* también participó con nosotros.

Yo sé que no era uno de nosotros. Pero el gobierno no quiere saber quiénes ni cómo, ellos sólo quieren esto, tener a alguien encerrado para que la víbora se calme. Pero la víbora está chillando todavía. Nomás que no lo aceptan los cabrones.

Nosotros somos dos historias distintas. Somos el bueno y el malo. El agresivo y el tímido. Desgraciadamente nuestras vidas se cruzaron y ahora tenemos que seguirle así hasta que se desenreden, o hasta que se enreden más. Es raro quizá para usted escuchar esto, pero aquí adentro el que no come se lo comen. Es lo que le he venido diciendo a don José. Él no quiere enredarse, me dice, pero ya nos enredaron y sólo queda seguirle así, de lo contrario, sé bien que no sobrevivirá en el encierro.

Así son las cosas adentro: ¡Éste es el infierno, compadre, te lo he dicho desde que llegamos y parece que aún no lo entiendes, cabrón!

Don José se aferra en ser el bueno y yo trato de respetarlo. Pero adentro lo manso se confunde con lo menso. Se lo he tratado de explicar de mil maneras y nomás no quiere entenderlo. Porque sé que es eso. Él nomás no quiere entenderlo.

A veces, cuando apago la luz en mi celda, miro que sobre las paredes se van dibujando sombras en formas de rostros de los que se fueron al otro mundo. A veces creo que me estoy volviendo loco. Pero tal vez la vida ya es una locura por sí sola.

Sueño. Sueño pero al revés, le dije al José el otro día y soltó unas carcajadas que hasta hizo que yo riera también. Él

dice que no puede ser posible. Yo creo que ya cualquier cosa puede ser posible.

De la comida mejor ni hablamos. Eso parece todo. Menos comida, claro.

Una vez me dijeron que estaban dando ensalada de atún y yo pensé que las cosas estaban mejorando, pero cuando vi que comenzaron a pasar los otros presos con sus platos de comidas vi que sólo era un poco de repollo, zanahoria y demasiada cebolla revueltas con no sé qué, simulando una ensalada de atún. La comida es mala, se lo aseguro. Pero eso es lo de menos. Aquí adentro existen otras cosas que duelen más que la comida.

Es el colmo, estamos adentro y queremos leer sobre las prisiones, como si no nos bastara el encierro en el que vivimos que aún queremos sumir a la imaginación en otro encierro más encanijado. A veces leo sobre los campos de concentración en Alemania y pienso que estamos igual, sólo que sin los hornos, claro. Tal vez eso mejoraría todo. La muerte, le digo. Sí, la locura ya es parte de nosotros.

Cuando llegas a la prisión te vas moviendo lentamente. Reconoces el territorio y le vas midiendo el agua a los camotes, como dicen aquí. No puedes llegar y hacer lo que te plazca porque adentro todo está controlado de alguna forma. Primero mueves un dedo y ya todo el CERESO se dio cuenta de que lo hiciste. No sabes de dónde te estarán vigilando y es entonces cuando viene la maquinación, el plan, la burla.

Estamos presos y siempre habrá alguien que trabaja con el gobierno. Los *balcones* (los otros internos que les informan a los custodios qué y dónde haces lo que haces) están en donde menos lo pienses. Algunos están camuflados con los

cholos, con los malandros, con la gente que todo está bien. Pero si ya tienes colmillo en esto, o si ya te fregaron alguna vez, tienes que comenzar a ponerles trampitas a los *dedos* para que muerdan el anzuelo y los saques a flote antes de que vuelvan a aplicártela.

Una tarde, mientras desayunábamos, llegó un loco gritando que afuera estaban tumbando a don José. Yo me levanté y saqué una punta que tenía clavada en la celda y salí al pasillo a ver qué pasaba. La escena puede parecerle vergonzante, pero ahí estaba don José tirado con una herida en las costillas y dos mulas que no hacían nada.

La vida adentro de la prisión no vale nada. Dejen que lo maten, así tendremos una lacra menos en la cárcel, fue lo que dijeron los custodios.

Ese día ya no pasó nada. Don José por suerte se salvó. Creo que eso que pasó le hizo darse cuenta de que aquí si no nada te lleva la corriente.

Yo maté y sigo matando. Eso no tengo por qué negarlo. Usted sabe de todos modos me van a *sacar a flote* (descubrir). Pero eso sí, le digo, a los que me he llevado han sido porque simplemente aquí no me han dejado vivir, porque se la pasaron friegue y friegue como si uno fuera de papel; yo no estoy enamorado de mi pellejo, al fin de cuentas todos nos vamos a morir.

Hacer las cosas bien... Eso es una locura. ¿De verdad usted cree que aquí adentro puedes vivir bien? No, claro que no. El Sistema no te lo permite.

El tiempo que estuve afuera viví equivocado. Pensé que vivía en un infierno. En el ojo del huracán. Pensé que si un día eso terminaba, de la forma que fuera, el infierno terminaría. Pero no. Eso simplemente fue un error. ¡Aquí está el

infierno! La prisión no se compara con nada de lo que antes era. La inmundicia, el rencor, la opresión, la injusticia, la gente que quiere verte siempre más jodido, la soledad y, la vida, hermano, el coraje que da estar vivo y no muerto como el Siete. Parece que de nada sirvió la tortura cuando nos agarraron. Cierro los ojos y puedo ver el rostro gordinflón del agente federal sobre mi pecho, deteniendo mi rostro para que los otros dejaran caer el agua mineral hasta mi rostro cubierto con una toalla. Los golpes de pronto se volvieron nada. Llega un momento en el que ya no sientes el dolor y en que la oscuridad se vuelve una salida. El silencio, el leve zumbido de los tímpanos que te avisan que ya estás más del lado de la muerte que de la vida y después los toques eléctricos regresándote de nuevo para que sientas lo que te hace falta de la tortura...Era mejor morir como el Siete, se los aseguro.

El infierno que viví después de saberlo muerto y del saber que ya jamás lucharíamos juntos fue infernal. Pero el infierno es la casa y yo soy pues quien la habita ahora. No hay más qué decirles, se lo aseguro. Lo demás está aquí debajo de mi almohada: un fierro que no se dobla y unos gramos de *crystal*(metanfetaminas) para olvidarme de todo aquello que lastima. Don José ha cambiado. Ahora es para mí como el Siete: un bato que nomás no se me raja.

Y ya cercana la despedida, encendió una pequeña radio y buscó un corrido apropiado para despedirse. Y la música floreció entre nosotros dos como un canto enérgico que se dirigía hasta un grupo en especial: el de los prisioneros. El Güero se sentó a beber una taza de café (porque no había otra cosa) mientras me miraba escribir rápidamente las notas del corrido que ahí mismo le compusieron. Lo demás

ya no interesa, se los aseguro. Es la parte menos tétrica de la historia, así lo pensaría el Güero. Él fue trasladado a otro centro, en el que dicen, fue asesinado.

A mí sólo me han quedado estas letras que resuenan en mis oídos cada tarde, cada vez que el atardecer se asemeja al de aquella entrevista en el infierno y en el que caminé por todos los pasillos por única vez como entrevistador y no como entrevistado.

Alas rotas

—Tendrían que haber estado dentro del Jardín para saber de qué les hablo, dijo la Juana.

El encuentro furtivo de dos amantes bajo la luz violácea de las lámparas, el coro de *la guaracha sabrosona* entonado a gritos, mientras que en el centro de la pista, se vivifica el jaloneo de los chicos que bailan pintarrajeados. Los hombres bailando con adornos florales en el cuello: en una mano una lata de cerveza y la desdicha en la otra. En el cuerpo, en el cuerpo algo que estorba pero que ninguno sabe qué hacer para ya no ser así, sólo resta embriagarse y reír mientras se pueda, mientras las luces y la música aún siguen encendidas y la noche aún no se termina.

Afuera Monterrey muestra otra cara, un rostro aristocrático y no profano, incluso en los antros en los que la droga se vende como si fuesen dulces y las jovencitas se prostituyen porque no tienen qué comer, son tan mal vistos como el Jardín. Todo es permitido. Excepto eso: lugares en los que los homosexuales se reúnen y expresan abiertamente sus preferencias y dolores.

Más tarde (casi a las dos de la mañana) comienza la procesión de hombres vestidos con pantalones amarillos, rojos, blancos y plateados, y van formando olas por toda la avenida Madero hasta llegar a Félix U. Gómez: ahí está el Arcoíris, otra esquina para reír bajo la sombra. Sin el temor de sentirse diferente. Ahí nadie los rechaza, ni los presentes ni la sociedad que, en ese mismo momento, está babeando por algo más, sólo que en un lugar diferente. En otra esquina quizás.

Los jóvenes suelen visitar miradores como el Obispado, un lugar desde donde se puede admirar gran parte de la

urbe. Desde ahí miras correr los trenes del Metro que van hacia San Bernabé, y en su regreso casi podría asegurar que vemos a Unidad Modelo. Pero hay algo más que también se oculta en el mirador, es el sentir que vives alejado, son las luces que pintan el alma y los sueños, es el ver a la bandera ondear con donaire y gallardía por los cielos, señalándonos que hacia el otro lado está San Pedro y que bajo la explanada está la Juana, intentando darle dirección a su existencia.

La Juana viste un top color rosa y se sabe vista por los automovilistas que van circulando hacia un destino incierto. Pero la incertidumbre también está en el caminar de la Juana, ella se sabe observada y no quiere ser un punto atrayente.

Su cadencia, su mover de manos como mariposa al vuelo, sus collares plateados que trinan en cada taconeo que da por la avenida Colón o la Reforma, y es que ahí va ella, el hombre a medias que busca compañía más que placer y nadie lo entiende. Al menos, es lo que asegura con un hilo de voz que no parece falacia.

La metrópolis se ha vestido de noche y en los rincones de ella se desenvuelven historias, caminan por las calles y se apuntan en las filas de los escondidos, de lo raros y de los perversos. Las creencias se han quedado bajo las almohadas y los regaños se han vuelto el combustible para salir solamente de noche: en la noche todas las perras somos iguales, lo explica la Juana.

Son las tres de la mañana y el Club Casino apenas ha comenzado a despertar por completo. Las bailarinas suben y bajan por un tubo afianzado en la pista de baile. Las letras de la ciudad de la furia se van escuchando quedamente con el mover de caderas. Las mujeres suben y bajan y se mueven apasionadamente, desprendiendo una a una sus ropas hasta

quedar desnudas y abiertas a lo que el público quiera ver, y de los presentes, esos que también están bajo la sombra de la noche, esos que también están en un jardín pero distinto (en uno permitido y no grotesco, así lo dicen), disfrutaban cada movimiento de las chicas en la pista ¡¿Qué importa que a lo lejos una mujer lllore solitaria mientras cuida a sus tres hijos, esperando ansiosamente la llegada del esposo, esperando el salario que cubrirá las deudas atrasadas?!: eso también es permitido por los recatados.

—Es preferible eso, a que terminen vistiéndose de mujer, o caminando como miss universo en plena coronación, —lo ha dicho una madre al salir del catecismo.

La han tachado de indecente y desvergonzado. De pecadora y de enfermo. De libertino y de anómalo. De mala influencia y hasta de peste para la sociedad. Lo han arrollado un par de veces con un camión mientras camina por los camellones, y lo han llevado preso cien veces por actos inmorales por el hecho de caminar agarrado de la mano de otro hombre. Lo han golpeado mientras duerme en la celda de una cárcel porque ahí los raritos no son bien vistos. Los custodios de la prisión se han burlado de su forma de hablar y han hecho que los demás jueguen con él mientras intenta comer la sopa que le dieron, pero hasta la sopa sabe amarga y la Juana sólo quiere que todo esto se termine.

Volver al pasado es el escape. Es vivir diferente. Es narrar alegrías y contar que fue feliz mientras subía y bajaba de los trenes. Sus ojos están cristalizados. No me había percatado que de sus ojos escapan lágrimas amargas y que de su boca un suspiro se va alejando a través de la densidad de un entorno prisionero.

Estar preso es lo más difícil que he tenido que vivir, ni

siquiera cuando andaba arriba de los trenes era tan feo. Ahí andaba de aquí para allá y conocía gente. Recuerdo que siempre teníamos una hora para reunirnos en la estación. Por lo regular, era cuando el tren salía. Y ahí nos encontrábamos otra vez lo mismos. La gente que vive en las vías y los que duermen adentro de los vagones. Ahí estaban los que sólo van en busca de aventuras, los que están por la maldita necesidad y los que van porque en su casa ya no los aceptan como son: ahí todos éramos iguales. Ninguno podía estar en su casa. O no la tenía, o no lo querían. Daba igual, al final, también estaba allí viviendo con nosotros.

Dormir bajo el cielo abierto, mirar las estrellas entre pitidos de las maquinas que llegan o se van, arrullos de rechinar de ruedas y el olor del tabaco que se eleva enrollándose con el aroma indescriptible de la marihuana, son algunas de las pocas cosas que la Juana cuenta con una sonrisa en los labios, lo demás es tragedia y vergüenza, incomprendiones y salvajismo, como fue el caso de la única vez que se subió a un taxi. Dice que fue llevado con engaños a una casa y allí permaneció atado a una cama por cinco días y fue atacado sexualmente durante ese tiempo. En sus manos aún están las cicatrices. La Juana toca sus dedos y parece que aún puede sentir el filo del cuchillo rebanándolos. En aquella ocasión la sangre corrió, y gracias a un descuido de su agresor, pudo escapar, aunque en el escape lo hirieron en otras partes de su cuerpo. Pero eso no importaba, ahora lo cuenta y siente rabia. Por eso también estoy aquí, lo afirma con una voz que dice traer algo desde un punto doloroso y lejano.

Le pregunto en qué momento se perdió aquel que lucía vestidos femeninos y que caminaba sonriente por la avenida Madero, en dónde quedó el glamour de las lentejuelas y a

dónde fueron las noches de fiesta en el Arcoíris o en el Parking, adónde se fueron las noches de realeza que vivió en el Rouge, o adónde fueron los encuentros fugaces vividos en los cines para adultos que parecían atraerlo a cada tarde. Adónde fueron los sueños de casarse y ser, obviamente, un homosexual distinto, uno más propio y más respetable, en dónde quedó la idea de convertirse en el gay decente y dejar de ser la loca, la jota, el joto. En dónde quedaron todos los sueños de la mujer que nunca ha sido, ¿en dónde?! Vuelvo a preguntarle otra vez.

La Juana detiene un par de palabras en sus labios y deja rodar una lágrima escasa sobre sus mejillas. El entorno no es tan favorable como quisiera que fuera. Aún escucho los gritos de la gente que corre afuera y que van gritando: ¡eh!, tú, hazme el paro con un cigarro; ¡sobres, loco, ¿ya forjaste el "gallo"?!; ¡vamos por "una cura", ai después venimos, carnal!; ¡eh!, guasón, ya me la ganaste, ¿no?; pinches jotos...

Los presos van corriendo siempre. Corren detrás de los gallos, de pepenches, de curas, de baisas, Corren detrás de la chiva, de la pinga, del grillo. Los presos corren siempre detrás de algo. Detrás de los sueños, del esperado tiempo que ha de cumplirse y que ha de regresarles la libertad, el retorno a las calles: algunos volverán más completos que otros. Algunos ya no volverán.

Al final la respuesta se escurre lentamente de la boca de la Juana y dice sin mucho énfasis.

La pinta es la pinta. Vale madres si eres joto o carita, si eres junior o malandro, si eres macho, o si eres joto tapado. Aquí tienes que defenderte a como sea. La pinta te come. Lentamente pero te come. Eso es lo más feo. Mirar cómo vas transformándote en algo que no querías ser y, que simple-

mente, no puedes evitarlo. El antes de mí no existe. Ahora soy la Juana. Así de simple. Sola y sin amigos. Sin nadie con quién platicar, sin nadie a quien contarle mis dolores ni mis alegrías, aunque alegrías escasas, pero al fin de cuentas, alegrías también.

Le pregunté cuáles eran esas alegrías de las que hablaba y su rostro se iluminó de repente. Miró fijamente al pichón que estaba parado detrás de la ventana y comenzó a mover la mano circularmente como si evitara contarme algo.

— Es que aquí conocí a una persona. Él era diferente. Me escuchaba y platicábamos siempre. A él lo conocí una tarde que yo estaba haciendo la cena en mi celda. Como todos los días, yo servía la cena, y de pronto, escuché que alguien le gritaba a uno de mis compañeros que me iban a robar. Yo, como nunca me quedo callada, pues le contesté que quién era ése que había gritado. Y así comenzó todo. Lo demás es historia barata, ya lo saben. Pero él ya se fue y no volverá por mí. Lo sé.

Un nudo parece haberse formado en su garganta y sus ojos se crisparon nuevamente. La tarde dentro de la prisión en la que se encuentra la Juana comienza lentamente a incendiarse, después, oscurecerá por completo. Los presos caminan uno tras otro hacia los dormitorios, dejando ver solamente grandes manchas naranjas, moviéndose entre griteríos y entre una nube espesa de humo que va flotando sobre sus cabezas.

—Lo demás es historia, ustedes lo saben —dijo la Juana.

La tarde llegó y el recuerdo de Monterrey se ha quedado lejano. El recuerdo crispado de las tardes de lluvia en la Alameda, el correr jovial en la Macro Plaza y el caminar libre por el Paseo Santa Lucía. Todo quedó atrás. Ahora la

realidad es la celda, el tabaco barato y escaso, las sopas que amargan y el café que más bien parece un té de nada templado. Las ventanas enrejadas y diminutas, las cachimbas con unas cuantas gotas de aceite alumbrando, las tortillas como combustible para la estufa, los grillos en gigantescas manadas brincando por los pasillos y el resto ya lo saben, a ustedes también les consta, ¿no?

Sí, eso, lo de la peste, les digo. Los pasillos infestados de basura y el olor calcinante de las aguas negras que van formando arroyos por todos lados, el roce de la gente flacucha por la metanfetamina, el olor a sudor, a cebolla, y uno que otro que huele diferente, a detergente caro y suavizante barato, porque aquí es lo que venden, y la Juana está lista para dormir, para reír a medias, para soñar en lo que fue y que ahora ya no es ni será.

—Mañana, la lista —se recuerda otra vez.

—Mañana... no sé si lleguemos —le respondí mientras guardaba las hojas, marchándome apresurado a mi pasillo.

Metrópica

¿Por qué? es la pregunta. Sin respuesta precisa que lo aclare. Algo más, es lo que sigue después de la irreverente respuesta que no pediste en el almacén. No, eso es todo, respondes molesto por la cotidianidad de los días grises (según la ley de los twiteros). Pero ¡Qué va! ¡¿A quién le importan los comentarios insípidos que escribes en tu nueva novela carcelaria?! Aquí las palabras se escriben de una forma diferente. A veces más colgadas que los cuerpos que aparecieron en los puentes principales de la ciudad Metrópica en la que vivías.

Las calles anchas florecen o vomitan autos por doquier. Entre las avenidas los autobuses avanzan lentos. A vuelta de ruedas ¡Cómo pasa el tiempo por las banquetas! Sobre los cuerpos de los difuntos.

Metrópica. Una nueva forma de decir que la ciudad es diferente. Antes era tan distinto. Hoy las leyes son raras y descontentadas. Desproporcionadas, como su cuerpo ahora, que cuelga hacia los lados, como intentando el suicidio a cada paso.

Y el ambiente es denso y el aire oscuro. Triste despertar para los niños que durmieron años para abrir los ojos en este infierno. Más de dos quisieran seguir en ese sueño y despertar quizá nunca, como tú, que despertaste en el peor momento de todos los amaneceres habidos y por haber: en este mundo gris y turbulento.

Dicen que antes, cuando el oro valía y las leyes regían, nosotros, los que ahora no somos, éramos más humanos, así como ahora lo es el perro, el gato y el burro. Pero el desconsuelo no sirve mucho entre las celosías que existen en el presente: tu novela sigue siendo muy tétrica y fría.

El duelo

Los dos se miraron. En las miradas había determinación. También angustia y cataratas como consecuencia de los años. De los presentes nadie dijo nada, sólo miraban, y miraban de arriba abajo, de un lado al otro: nadie quiso cerrar los ojos ni un nanosegundo. En ese tiempo podrían pasar muchas cosas. O quizá no pasar nada. Pero ¿cómo saberlo? Más valía no cerrar los ojos.

Cuando tú llegaste y advertiste que ya era el momento, todo se inmovilizó. Las gallinas quedaron congeladas en el

tiempo, incluso aquellas que estaban en proceso de poner el huevo: medio huevo adentro y medio huevo afuera. Todo se detuvo. Todos menos ellos. Y es que tú ya sabías eso, porque a donde quiera que lo anunciaras pasaba lo mismo. Pero yo ni lo sospechaba un poco. Nada en absoluto. Y los hombres tampoco. Ninguno lo sabía. Sin embargo, los presentes, esos sí creían saberlo todo. En especial el Bigotón Patituerto. Ese ya había apostado con su cuñado Nídas Nada.

Bigotón Patituerto apostó a que el ganador sería el hombre de los escorpiones, aunque su esposa ya le había hecho una clara recomendación: “Si vas apostar, apuéstale al hombre del guajolote azul, ¡Ése sí es hombre de fiar!”, le dijo la mujer mientras le servía un plato con frijoles. El Bigotón no dijo nada. Calló como lo hacía su progenitor con su madre.

“A la mujer hay que darle por su lado”, le explicó don Patizambo una vez que doña Otrora Buena le había bajado los humos como tres veces: “¡Aquí los pantalones los tengo yo! ¡Qué no se le olvide, Patizambo! Ya estuvo bueno de tanto machismo, ahora las cosas son como nosotras decimos, ¡¿Le quedó claro?!” Patizambo bajó la mirada. Bigotón (que en esos tiempos ni bigote tenía), miró a su madre con la escopeta en la mano y tampoco quiso decir algo, entendió clarito clarito a su padre. Lo mejor era saber cuándo callar. Eso lo tenía bien metido en los sesos, y sabía que uno de esos momentos, era el de ahora. Todo estaba bien clarito.

Sin embargo, Bigotón estaba seguro de que el hombre de los escorpiones ganaría, y lo estaba porque lo había soñado, y cuando soñaba algo era porque las cosas así debían de ser

Ya estaba decidido. Apostaría por el hombre de los escorpiones. Sin más ni más.

Un viento que provino de un horizonte muy lejano invadió el pueblo de los Quiénmataprimero.

Voló el pichón que anidaba en los tapancos de don Pipis Piola.

Rogaciano Negrete se estiró discretamente sus arrugas y el bigote, como si los planchara, aunque eso no le sirviera en absoluto, ya que rápidamente volvían a encojérsele de nuevo.

El viento reveló que el sombrero de LálonCha tenía una fina línea de brillantina aleonada en sus contornos. Sin embargo, eso nadie lo comentó. LálonCha ya había puesto el ejemplo de quién mata primero, y en Quiénmataprimero eso era lo único que importaba.

El antiguo reloj que estaba en el centro de La Glorieta de los Difuntos, indicó las doce del mediodía. Y aunque era un día soleado y con un cielo inmensamente azulado, las miradas de algunos se vieron oscurecidas por las nubes negras que amenazaron con reventar en cualquier momento ¿Acaso serían de agua salada? Pues yo creo lo mismo que tú, pero tampoco dije nada. No fuera que me equivocara de nuevo. Ya sabes cómo son estas cosas. Aunque ya pensándolo bien, me doy cuenta de que tú ya sabías en qué momento estallaría todo aquello. ¿Y cómo no habrías de saberlo? Si tú misma eres quien lo decide. Pero eso allí nadie lo supo. Y si yo lo supe después fue porque me tocó verte con tu reloj de argento ¡Tan exacto el condenado!

Te vi mirándolo siempre. En todo momento. Siempre tan precisa.

Tú nos viste desde un lugar discreto. Ahí, detrás de to-

dos. Cubierta con los colores de la noche y cómplice de aquel funesto día.

Nadie distinguió tu aroma de jazmín y violetas cuando pasaste sigilosa entre nosotros. Nadie pudo verte. Sólo nos enteramos de tu presencia cuando el hombre del guajolote azul disparó a quemarropa contra su rival. Fue entonces que supimos de ti. Presenciaste todo, y quizá todos lo sabíamos, pero aquí, en Quiénmataprimero, siempre es mejor esperar a que todo suceda, siempre es mejor a que llegues sola. Bueno, aquí nomás te damos una ayudadita, un empujoncito, un pretextito, pero nada más...

Ahora el pueblo de Quiénmataprimero vuelve a ser como el resto de los días: monótono y recluso.

Yo esperaré a que otro cuente una historia como ésta pero con dos nombres diferentes. O tal vez, si dios me lo concede, veré morir al hombre del escorpión antes de que otro duelo suceda, porque aunque sus balas me mandaron al otro lado de la vida, sé muy bien que él no será perdonado por la diabetes y esa fea pulmonía que se carga. ¡Aquí tendrás que llegar, viejo decrepito!

Faltaba más faltaba menos. Al final todos caen, decía mi padre. Ya caerás. Y entonces sí a ver de a cómo nos toca.

NOCHES ENREJADAS

**La vida no sólo se vive;
se inyecta y se fuma.**

Noches enrejadas

Noches enrejadas.
Pedazos de mar a distancia.

Un mundo aparte.
Éste, mi otro mundo, les digo.
Un mundo lleno de espinos
y de musgos mortíferos
que atacan en silencio
hasta dejarte moribundo.
A veces muerto,
tendido
sobre la sombra ausente
de tu alma.

En tardes acumuladas
escuché
el silbar siniestro del viento;
y en albas inesperadas,
gocé
al observar nubes
con matices de humo como dos alas.

Noches fragmentadas.

Un conjuro de cuervos
hizo aparecer tu rostro
casi tambaleante.
¡Eras tú, estoy seguro!

Aunque a decir verdad,
desconozco esa palabra.
Sólo he conocido el color de tu aliento,
de tus ojos largos,
el color de tu risa cuando estás molesta,
el albor de tu voz cuando estás nerviosa;
y entonces otra vez esta maldita distancia,
y las rejas y el griterío de los reos por un cigarro,
por una *bacha*,
por un poco de lo que yo tengo cuando estoy dormido,
por un poco de lo que no tienes tú cuando estás despierta.

Tinieblas largas y días lejanos.
Intrépido y libertino es el tiempo
que pasa entre las celdas.

A lo lejos, un destello que no brilla como quisiera,
una luz que no alumbra como lo acordamos,
y mil voces de los *no sé quién* que se acentúan
y piden con desesperación
algo que desde hace años se les niega.

Noches confinadas.
Tristezas repatriadas.

La libertad siempre lejana:
etérea y delirada

Noches entretejidas
con silencios y griteríos continuos,
con amores y desamores bajo la almohada,

con un puño de cartas escritas sin dirección.
Sin remitente. Sin letras en su interior:
todo tan absurdo.

Tan irracional.

Amaneceres fronterizos.
Barrotes corroídos y una liebre en la distancia.
Cercanías dilatadas tras las rejas.
Lejanías confusas en mi celda.
La voz hiriente de las llaves
y el pitido falso de los pitos.

Noches encerradas.

Suspiros reclusos.

Sólo esto existe en esta periferia tan mía,
tan hostil, tan sombría.
Una nota sobre la sal:
una esperanza adormecida

Otro amanecer encadenado,
otra pared desdibujada,
otra voz que habla sin sentido
y otro desfallecer que quiere seguir estando vivo.

La enfermedad también acecha
y en incertidumbre vivo
entre pasillos, entre el olvido,
entre un malestar que aloca
y poco a poco me aniquilan.

Respóndame usted, señor,

usted que siempre mira,
¿Cómo le hago para vivir
en esta cárcel infernal
que día a día me trastorna?

No hay respuestas porque no existen palabras.
Sólo una réplica siempre encadenada.

En este lugar,
los ojos han visto a las hienas revolcarse en el lodo
y a los tigres comer con avidez espeluznante.
Se escucha también cantar a los loros
por el simple hecho de poder hablar
lo que otros antes
con dolor callaron.

En el cielo se mira columpiarse
a la verdad,
sostenida a veces,
por una lengua.
He visto, como miran muchos
(sin querer ver),
lo que tanto duele.
¡Yo también he callado!
¡Soy culpable! Se los acepto.

Oscuridad en tomos.
Ocultos siempre entre pabellones,
entre pasillos, entre torres,
entre muros.
Oscuridad ennegrecida.

Huracán en seco:
sin lluvia, sin viento,
sin nubes.

He, aquí, una voz no tan profunda:
flor de libertad regada en la distancia.

Albatros errantes
sobre un cielo desdibujado.

Otra vez
el mal en espera.

Carcome mi cuerpo, mi alma.
Una danza infernal a través de mil ventanas,
a través de mil quinientas lenguas.

Se va. Se escapa. Se esfuma.

La tinta en el papel
y la sangre con el virus
me consumen
lentamente y desquiciado.

Fue ayer. Es hoy. Será mañana.
¿Y dónde estás José,
o Rosa, o Manuel?
¿O tú que tienes nombre de Simón,
de hombre rosa,
de santo pecador?

Pasos van y pasos vuelven.
Entre la voz, la vida.
Entre el amor, la muerte.

¿Por qué tengo que caer
cuando no quiero?
¿Por qué tuve que faltar
cuando no quise?

Un halcón. Un pichón.
Un águila volando.
La eternidad en la tumba,
y sobre la tumba,
un sauce implorando.

El alba. Un ocaso.
Otra noche en espera.
Me consumo quedamente como una vela.

Una mariposa volando bajo la lluvia.
Una lechuza mirando al sol desde una cantina.

Tierra, mar, cielo e infierno.
Un hospital, una celda, un ataúd,
un cortejo fúnebre:
los ocho elementos de un prisionero.
La prisión más prisionera de todas.
Aprisiona el alma, los días, las noches.

Noches enrejadas,
me repito a diario.

Oscuridades desquiciadas
que perturban y enloquecen.

Sé también que puedo estar equivocado,
pero cuyo nombre,
del cual hoy no quisiera acordarme,
me recuerda entonces que la prisión no mata,
solamente decapita al nombre,
lo demás siempre será tuyo,
aunque no sea nada.

En tiempos lejanos
existieron claridades añejas,
de las que también quisiera hablarte.
Fui un niño entre gigantescos árboles,
entre caballos, entre el ganado.

Auroras libres y cercanas.

Y desde las terracerías
de aquel Caobal lejano,
tocábamos el cielo
y tocábamos la tierra.

¡Oh, Dios, cuánto nostalgia es la que guardo!

Recordar es vivir.
En prisión he tenido que vivir
para morirme lentamente
en este mundo arcano.

Inspiraciones enrejadas.
Pizcas de sol y tierra a distancia.

Algún día veré al Caobal
sin rejas, sin oscuridades,
sin reclusiones que arruinen,
sin enfermedades que maten,
sin la heroína ni motas de humo,
sin el tintinar de llaves, puertas y cerrojos,
sin mis malditos alucines
ni mis torpes letras prisioneras...

Adiós
noches enrejadas.
Adiós
prisioneros camaradas.

Olvido

Ahora ya no soy como antes era.

De mis ojos tus ojos no florecen,
de mi cuerpo tu cuerpo no se enreda
y mis labios los tuyos ya no besan.

Ahora ya no soy como antes era.

No soy ni un poco de lo de otros tiempos.
Tu sombra ya es ausencia pasajera.
Ahora voy con mi alma libre y quieta.

Por las noches tu voz ya no es mi presa.
Las palabras se esconden en mis párpados,
muy detrás de los días de querellas.

Ya no es tiempo, dinero ni tristezas.
Son nuevas rosas, árboles y vástagos,
y mi cuerpo
 es un cuerpo sin tus huellas.

El cautivo

Espléndida mañana en Hermosillo.
Cielo azul como chal de soberana,
el baile de gaviotas en verano
y la brisa naciente desde Kino.

Impaciente
 detrás de este castillo,
veo pasar la vida apresurada.
¿De qué sirve la luz si está vetada?
Me pregunto al andar por los pasillos.

A lo lejos se escucha una guitarra
y se escuchan los versos de un poeta
que fecundan con plácida armonía.

Por las noches nos canta una cigarra
y añoramos aromas de violetas
en cetrinas y presas lozanías.

Poetas de barrio

Érase una vez,
sin saber qué día,
mientras caminaba
por las avenidas
vastas y aquietadas
de la gran ciudad
en la que moraba,
miré que a lo lejos
una vieja barda
casi se caía.

Con paso veloz,
en la oscuridad
de silencio atroz,
vislumbré las letras
calladas y tercas
(de un viejo plumón,
de una vieja tiza),
del llano escritor.

Sin ortografía
ni filosofías,
sólo burdas letras
escritas con gises
(tal vez de los finos),
así escribieron
los siguientes versos,
sin morfologías
ni gran estribillo

“mañana diré
que no puedo más,
que la soledad
tal vez vendrá pronto
a mi humilde puerta
sin irse jamás,
trayendo más lágrimas
y fatalidad...
...mas todo será
después de la noche
astuta y sagaz.

No hay seguridad.
El contrato vale
sólo la mitad.
Nadie entenderá.
Ni los que se fueron
a la eternidad,
ni los que cayeron
al fuego infernal.

No gastes tu tiempo
en preocupación
¡Vive intensamente
sin guardar rencor!
Que la vida es una.
Una nada más.

No gastes más tiempo
leyendo otros muros
¡Escribe en los tuyos!

¡Se acerca el final!

No rayes cuadernos
que se olvidarán.
Escribe en las almas,
que ahí se eternizan
en la posteridad.

No cortes las flores
ni ensucies la mar.
No apures las horas
ni tires la sal.
Sólo somos huellas
que no han de apreciar;
el tiempo y la lluvia
nos han de borrar

...y si eres viajero,
no mires atrás.
¡Ve y sigue adelante!
¡Busca libertad!
Vuélvete un errante
en la gran ciudad.

Observa los muros
de los que yacieron
y no han de tornar.

Mas las viejas bardas,
con todas tus letras,
también algún día
las han de mirar”

No vi ningún nombre
ni dato de autor.
-Sólo tercas letras-
Fue lo que pensé.
-Poetas de barrio
que no usan papel.
Lloran por la vida,
queriendo asustar-

Seguí mi camino
por las callejuelas
clareadas apenas
por un gran farol.
Y la vieja barda
dejaba de verse
por la densa niebla
que cayó después.
Y en sonoros ecos
se oyó una voz
“¡Escribe, escribe
que perecerás!”

Callé un momento.
No vi a nadie más.
¿Serán mis tormentos?
Fue lo que pensé.
Mas pasado un tiempo
aciago enfermé.
Y tomé mi pluma
y un viejo papel
con el cual vertía

sueños arqueológicos
que jamás conté.

Hoy, al poco tiempo,
mi muro está lleno
de letras melancólicas
y expresiones lánguidas
que dicen que muero
en la lejanía.
Sin nadie a mi lado.
Sin decir te quiero.

Y a pesar de todo,
entre tanta bruma,
tendré un nombramiento
que nunca se esfuma,
y con elegancia
han de conversar
los aventureros
del infame mundo:
“Yacen aquí, letras,
de un hombre poeta.
Un hombre sin rumbo.
Poeta de noches,
que en su calvario
escribió sereno,
y que desde el cielo
y entre las violetas
nos mira dichoso,
a quien con leerlo
en este portal,
suspíramos llenos
de felicidad.”

Soledad

Abracé tu sombra detrás de las rejas.
Tú, siempre mi fiel compañera.
Besé tus labios cárdenos,
labios de frambuesa.
Quise vivir a solas y escapar de tu figura,
pero estuviste siempre aunque no quisiera.

De haber escrito de otra cosa,
como de aquellas cosas que hablan
los hombres que no lloran,
habría escrito de las balas,
de emboscadas y metrallas.

Pero, ¡ea!, aquí, la soledad es vasta.
Sólo tú, mi luz, mi sombra.
Mi mala suerte y mi condena.

Mi gota de mar, mi sol en retazo.
Mi sangre jarocho que palpita en tu voz
y mis venas que arden de dolor
bajo una sombra nocturna.

Solos tú y yo, mujer.
Soledad te llaman los que aman.
Y los que odian y los que mueren,
y los que sufren, y los que lloran:
hermana te nombran.

Tú,
un rayo de luz
en donde la oscuridad
es tanta

El errante

Pintábanse de gris los días largos
de abril y el mes de mayo de aquel año,
en el cual padecía del engaño
de quien fue mi farol en otros tiempos.

Mas no lloré por miedo, no por fuerza.
Contuve a los diamantes más salados
evitando cayeran en mi abismo.

Hoy recuerdo pasiones pasajeras,
aventuras en cuartos de un motel,
las pinturas tan frescas de mi alcoba,
un adiós que escribiste en un papel.
No le temo a los días que pasaron,
esos días jamás han a volver.
Sólo vivo los días más artero
sin aferrarme a trozos de un ayer.

El aliento tan fresco de la noche
sólo trajo tu imagen al portal
como sombra grisácea pasajera
lastimando cual daga o cual puñal;
y tu voz la fingía una lechuza,
intentaba mis sueños perturbar,
con un canto sagaz y tan violento
irrumpiendo en la luz del ventanal,
describiendo en sus trinos a una musa
que corría en el valle fantasmal.

Descripción tan ilusa si tú quieres
de ligera lección del gran dolor,
pero el ave cantaba con decoro
repetiendo de nuevo su canción:
"El errante no vuelve a su lugar,
su destino en la vida es rodar.
Tan extensa será su travesía,
y en las sendas también se
morirá" ...

Invernal

Ojos que no ven, ojos que traslucen
el sátiro desdén de las prisiones.
Mariposa de sol que ya no surca
los índigos espacios de otros cielos
ni fulgura tu luz de gran marquesa
por las plazas de San Pedro García.

Lamparilla solar no me deslumbras.
Alza tu mala sombra y ya no vuelvas
a remar los océanos de mi boca,
ni el rojo de las rosas, ni el verdoso
labrantío que ciñe a Villa Aldama.

Alas encarceladas, cuerpo agónico
que se levanta en contra de una venia,
contra las tardes vagas de una sombra.
Tardes enmohecidas de aflicción;
láminas de un océano sanguinario;
tóxico que realza los temores
viejos de un hombre a punto de partir;
sede de los infiernos terrenales;
gráfico melancólico de Ícaro:
hijo que no escuchó las advertencias
sabias de no volar cerca del sol
y declinó en el mar de torvas crestas.

Hebra que roe, que muerde, que sangra,
que aprisiona y encadena mientras vives,

y cuando mueres, llegas más patético,
conversas de silencios, arrebatos
de la muerte que avanza silenciosa
sobre la piel y sobre cada huella
de lo que hicimos:
lágrimas penales
que atan y que jamás desatan.
Muerden
pican, maúllan , chocan y destrozan.

Estas noches encierran y estrangulan
y el despertar se vuelve efervescencia;
sudor amargo sobre un suelo gris,
bajo un cielo sombrío:
dorso lánguido
de un papel que refleja la sentencia
que va lanzando sal entre las venas.

El nombre está clavado en la pared,
las grafías minúsculas de ayer
se fueron con el mar, como las olas.
Han de volver un día hasta mi puerta,
perdón, hasta mi celda ennegrecida.
Y no existe evidencia que no sienta,
se siente el dolor, siento cada herida.
En mi cubil se posa la eutanasia,
bebiendo su café con el delirio
y con el mal augurio que poseo.

Estamos aquí, nadie nos descubre,
no advierten la presencia del que muere

y no escuchan el llanto del que llora.
¿Cuántos van? ¿Cuántos somos, compañero?
Respuestas inmutadas en dolor
y una lumbre quemando las entrañas
del inocente:
nombre sin recuento.
Esperanza roída por gobiernos
e incesantes pesares de los muertos.

Ya no soy aquel hombre que luchaba
por la verdad, la paz y la justicia.
No soy aquel, pues fui de los que cambian
las alas por las rejas.
Y después,
cuando la vida pase en mis pupilas
diré con mucha pena: ¡Yo también
volaba aquellos cielos, camarada!

Mirar, callar, oír.
Melancolía:
desperfecto en los ángulos de un ser
que titubea tras la celda fría.

Y hablar con la mirada es gritar
y sentir con el alma es un lamento,
un triste despertar hacia otro mundo
que desata demonios que destrozan
esperanzas fijadas sobre el tiempo.

Y la ventana, espectro de una luz,
un sonido trivial de amaneceres,

un portal que conduce a los ayeres,
una expresión del “*todo bien*” muy vaga,
un horizonte azul que no oscurece,
una liebre saltando entre las rocas
y el silencio cantando entre los cerros.
Pero decía, digo en mis adentros,
digo con el decir de un prisionero,
que la ventana mata y que también
atrapa: nos conduce por el tiempo
y permite pensar que ya después
de la tormenta viene inmensa calma.

Los gritos se comienzan a escuchar.
El crepúsculo cae tras los muros.
Sólo afuera es en donde el día cambia,
adentro, oscuridad es la comida:
un grito, mil lamentos detenidos,
un vaho que se escapa de la boca
y que no es vaho, es humo que intoxica,
encarcela y consume más que rejas.

Oiga, usted, ¿cuánto tiempo lleva dentro?
El suficiente para ser eterno.
El tiempo administrado diferente.
La indiferencia cruel de un Dios, del santo,
de aquel que ya no escucha las plegarias
ni atiende el triste ruego de un convicto.
Incluso así, nosotros le rezamos.
Imploramos perdón sin manos llenas.
Un poco bastaría y calmaría
la sed, a la conciencia que nos grita:

¿Por qué?! ¿Por qué?! ¿Por qué fue que lo hiciste?!
Quisiera responder, yo se los juro,
pero el ayer fue gris y el hoy artero;
las palabras quedaron impregnadas
en la corte de un juez y en las patrullas,
en la tétrica luz de los estrobos,
en el millón de lágrimas de madre
derramadas al sur de nuestro abismo.
Thast'slife! Grita furioso nuestro encierro.
Be goodforsomeone, por lo menos quiero.

Quiero pensar que ayer yo no fui nada.
Pensar así daría cierta calma
a esta angustia que mata y que calcina.
Pero el ayer fue claro, lo confieso,
tuve días con sol, noches con luna
y hasta un perro en el patio de mi casa.

Corrí, volé, nadé por todas partes
y escalé las montañas de Vancouver.
Courtenay, te has quedado tan distante.
¡Oh, Dios, cuánto he vivido!

Sé, saber.

Hoy ya no importa, mira que me vuelvo
viejo mientras el tic-tac del reloj
perfora mis sentidos.

Vuelve amanecer, alba sobre nubes.
Un "interno" mirando a la ventana,
perdón, no quiero ser quien escarnece,
debí decir: Persona que está

Privada de su excelsa Libertad.
Así ya no es agravio, ya no duele,
ya no infectan de burla nuestro nombre
Pero, ¿qué hay de cierto en las palabras?
Lo sabes tú, lo sé yo, que lo sepan
aquellos que lo ignoran: es tan falso
como decir que un túnel en silencio
se elabora.

Keepquiet! El repudio
también es un poema que se canta,
cantar con otra voz, cantar con otro
cuerpo. Cantar con otro y nuevos versos.

Amarillo, el color de los veranos:
mucho sol, mucha agua, mucho llanto.

Las choyas no florecen, dice el Beto.
Florecer, esa es otra historia.

Pienso.

Pienso lejos. No tanto como quiero.
Encuentro que las flores no se dan
por un capricho.

¿Beto, no florecen
las choyas? Al final del túnel alguien
grita con la extrañeza de un cadáver:
¡Sí, sí, las choyas sí florecen! Creo...
-agrega avergonzado al alejarse-
Otro más que se va de nuestro encierro.
Se van sus pies, se van sus ojos. Queda
prendido en las paredes su dolor,
su historia, su poema gris que llora

y que se va encajando en otro cuerpo,
en el mío tal vez, en lo que fuimos,
en lo que ya ni somos ni seremos.

Extraño transitar de mediodía,
y al filo de la luz está la fila
en la que sirven caldos de artificio.
El paladar no siente pero prueba
el sinsabor que ofrecen en presidio.
Y piensas que mañana es diferente,
pero el después no existe, no se cuenta,
sólo enferma e ilusiona ante la muerte.

Morir. Vivir es trágico y fugaz
y la muerte un regalo que se anhela.
Mas hoy yo quiero estar y ¡estar de veras!
Mañana yo no sé si pueda ver
cómo vuelan los pájaros azules
hasta lo más profundo de mis ojos.

Azul, azul del cielo, azul muy claro.
Eterna claridad que ya no llena,
no llena los pasillos de esta cárcel,
no llena las pupilas de la muerte,
no llena mis pulmones con el humo
gris de la planta verde. Zigzagueante.
Escalonado. Hojas color jade,
pedazos de inconciencia y sueños claros.
Embuste que enamora y un delirio
que aprisiona. ¡No es cárcel! No son campos
concentrados. Son celdas bombardeadas

por el humo de un gallo que no es gallo:
No canta, no despierta ¡Es un embrollo!
Mentir, decir, hablar de tantas cosas.
Escaleras que bajan al infierno,
pabellones que atacan en silencio.
A veces también vuelan las crisálidas,
revolotean solas por el aire.
A veces no tan solas. Se van yendo.
Gozan de camuflarse poco a poco.
Miradas desteñidas, voces rotas,
caminares de garza sobre el agua,
y allí también las noches tienen vida,
hablamos de “*chalupas*” y de “*trastes*”,
y de “*plumas*” y “*focos*” que no encienden:
perdón, no debería de contarlos
pero la verdad flota en el ambiente.

Silencios amarrados en la esquina,
en cada cruce beben luz los pájaros,
huyen, se van, regresan a mis párpados,
grietas de carbón, grietas de cemento,
y siento que me muero poco a poco,
me extingo...
humareda que choca en nuestra frente,
que miente y nos asalta en este mundo:
construcción vana, canto de dolor,
el verbo de la muerte.

¿Un sujeto?

Si no lo sabes tú entonces ¿quién?

Y entonces ¿quién? ¿Quién es el del comienzo?

Otro. Chispa inocente. La inocencia.

Inocencia, mujer de suave voz,
de dulce encanto.

Ingenua y como flor
o pétalos de un lirio entre un caobal,
se tranquiliza.

¡Ay, inocencia pura, ¿en dónde estás?!
¿Por qué te fuiste?... ¿Fui yo el que se fue?..
No lo recuerdo.

Dicen que un soldado
cantó lo himnos bélicos de México:
Ciudad Acuña, ¿en dónde te has quedado?
Y sí, también mis huellas las dejé
sobre otras tierras: tierras de Ecuador,
ciudad de Quito.

Tuve alas, lo recuerdo en el encierro:
un gran avión, un tren, la bicicleta,
un autobús que viaja en la silueta
de la tierra, la tierra que me mira
y me deja pasar sobre su cuerpo;
crecen en su piel árboles titánicos
que suben hasta el cielo y luego bajan
al infierno. Lo tocan, lo degustan,
lo viven y lo dejan y después,
seguramente nacen como un roble.

Bálsamo melancólico, sangrante
herida. Grillos. Grillos que no cantan,
lloran y gimotean como ratas,
ratas que suben, bajan por mis brazos,
se clavan en mis labios y mi piel

se quema, se desprende de mi cuerpo.
Untatuaje de "*I'm in love with you*"
se me escapa del cuerpo y de mi alma
y se escucha en el fondo de la celda:
vulnerant omnes, ultima necat.

Herir, matar, sufrir. Volver a donde
nunca estuviste.

¡Calla! Alguien grita.
¡Calla! Responden desde el infinito.

Truenan "*los erres*" sin ser sólo letras,
se escuchan los tronidos y el lamento
devoces no presentes arremeten
contra la manta blanca de un pintor
que aún no pinta. Pinto está su cuerpo,
sus venas. Pinta su alma de pintor
que dibuja demonios torturando.
Languidecido artista que también
quisiera pintar rosas, santos, lunas.
Y la pintura está por todas partes,
regada en cada cuerpo, en cada historia
y el pintor no la encuentra. Los pinceles
se le escapan: boceto de impaciencia,
senderos de un otoño en decadencia,
caracol de un crepúsculo otoñal,
y la puerta no es puerta para abrir,
dice el poeta.
Libros de Balzac
sobre su almohada y libros de Alighieri
en su memoria.

¡Basta! El nuevo verso
también grita y reclama la extinción
de un cadáver que avanza más que muerto,
y el pintor va trazando su caída
¿Es su muerte o la mía? La de ustedes,
responden desde lejos, de otro averno.

Estamos los que somos y no estamos
completos. Faltan más en esta celda.
Sobran muchos allá del mal gobierno,
comenta con prudencia el *marihuano*.

Rojos. Rojos los ojos, negra el alma.
Calcinada, podrida por la yedra,
perdón, es por la hierba.

Verde es muerte,
algunos aseguran. Verde es vida,
respondemos nosotros en la jungla.

Un hombre que declara ser poeta
explica que la cárcel es ocaso.
Es un desierto aislado en otro mundo,
es casi un palpitar bajo la tumba,
es árbol sin raíz, hoja caída,
es la voz sin sonido, mar de piedras,
un cuerpo sin latido y un halcón
que ya no vuela.

Vuelve el escritor
a escribir sólo letras fantasmales.
Contenidos vacíos: escalón
que lleva a la locura sin regreso.

Thinkhard! Dicen las rejas confinando.

Jactado de escribir treinta poemas,
un cuento, una novela y muchas crónicas.
Pero, ¿quién es él? ¿Quién ya lo ha leído?
Un silencio perpetuo y un gran témpano.
Vuelan letras y sílabas andróginas,
lacónicos poemas de un declive
que no dejan, no sueñan, no estremecen.

Hombre, mujer, sol, luna y una roca.
Templo de ilación, templo color rosa.
Ayer también sus ojos fueron míos.
Mío su cuerpo, mío el palpitar,
míos sus labios
¡Qué jamás se entere
que aún guardo su sombra y que en las noches
camino sobre el mar, sobre sus ondas!

Oh, vid de mis antojos, ¿qué me hiciste?

Embiste trepidante: juventud
que a todos enamoras. No hay dolor
cuando el amor no sobra.

La vida es un cobrar continuamente.
La gente muere, llora y también sufre
por lo que aún no tiene y ni se espera.
Una farola en lo alto del penal
despide voces, cuerpos mutilados.
De las torres emanan el hedor

que va secando a todos los que hablan.

Como fruta me comen, se alimentan,
mastican mi piel, muerden cada hueso.
No soy yo, soy el otro que no muere,
el que mira pasar la desventura
y no lo alcanzan.

Hoy la lluvia cae,
mañana desemboca y lo que fue
no será ni un momento de esta boca.

Escúchese el sonar de las corolas,
un álgido destello entre las flores;
escúchese el andar de un buen guerrero
que lucha en las batallas de la vida,
y aunque las rejas maten y los muros
degüellen a la vida, volveremos
a ser de nuevo un día,

por que volver,

volver es osadía.

Siempre preso

Para todos los oyentes,
los ausentes de su hogar,
los que viven tras las rejas
en tan negra soledad.

Yo también soy prisionero,
y en tan triste y cruel encierro,
cada hoja del calendario
pasa con gran lentitud.

Van pasando así los días
y las noches son eternas,
las sonrisas desunidas,
la nostalgia en el café.

He bebido la tristeza
mientras vivo en una celda,
y a veces, cuando en el cielo
pasan nubes muy graciosas,
quisiera guardar algunas
y llevarlas junto a ti.

Pero la condena es grande,
eso dice mi expediente,
creo que yo no iré a verte,
y aunque me duele hasta el pecho
por tenerlo que decir,
sé bien que fue necesario,

y aunque no sé si lo entiendas,
yo quisiera que lo aceptes
como un designio de Dios.

Y así van pasando meses,
así van pasando abriles,
y yo sigo tras el hierro
que no me deja escapar.

A veces, cuando imagino
que los veo, se me nublan
estos ojos; ¡Tengo ganas
de llorar!. Otra vez llega
la tarde, otra vez la noche
viene, y como burla hercúlea,
llegan otra vez los sueños,
los que no dejan dormir.

Sólo sueños que atormentan
que desquician hasta el cielo,
que hacen el infierno eterno,
de las noches nunca un fin.

Cuando me despierto al filo
de la verdad y su injuria,
se me precipita el pulso
y quisiera ya morir,
pero dicen que en el cielo
existe un dios que nos cuida,
y aunque yo aún no encuentro
una explicación sensata

de lo qué quieren decir,
por momentos sí les creo
y en la cárcel también rezo
por los que he dejado allá.

Para mí, mi Dios Eterno,
yo ya no te pido nada,
sólo te pido los cuides
y no los dejes sufrir.
¡Cuánto extraño las estrellas
y mirar caer la tarde!
¡Cuánto añoro ver tus ojos!
¡Cuánto extraño oír tu voz!

Ya mi piel se está arrugando,
voy perdiendo hasta el impulso,
voy perdiendo los deseos
de querer hasta vivir.

Otra vez viene noviembre,
ya se acercan las posadas,
y detrás de estas paredes
viviré otra navidad.

Nochebuena de los presos,
un tormento más del tiempo,
aquí no habrá villancicos
ni tampoco beatitud.

Por los pabellones corre
el lamento prisionero,

un ayer que va quemando
nuestros pasos al andar.

Ya me voy, los voy dejando,
con el canto de un ausente,
con el adiós de los presos,
un halcón en la prisión.

Adiós a toda mi tierra,
donde se alza una bandera,
en donde chocan las olas,
donde bailan frente al mar.

Adiós a toda mi gente,
gente que llevo en la sangre,
enterrados en mi piel,
y en mi corazón su luz.

Esta cruz que no se quiebra,
me digo en cada pisada.
Esta boca que no habla,
mis ganas que se hacen piedra.

Ojalá jamás olviden
que aun estando prisionero,
nunca olvido que los quiero,
yo no tengo ingratitud.

Adiós lindo Monterrey
y su Cerro de la Silla,
donde dormí un par de veces

abrazado de mi amor.
Otra vez vuelvo a mi celda,
caminando como siempre,
mirando los murallones
entintados de dolor.

Otra vez la espera eterna,
la del desenlace lento,
otro trago de añoranza
por lo que no ha de venir.

Ha llegado el crudo invierno,
las cosechas casi secas,
resultados de este frío
que se ha dejado sentir.

Más mi alma no se aquieta,
y con este viento gélido
que a mis ojos ha hecho grietas,
me recuesto en las cobijas,
me dispongo a descansar.

Y entre tanto desvarío,
el final por fin me acecha,
ya lo tiento con mis manos,
se ha metido hasta mis venas.

Hoy, un día como otro,
la noticia se comenta
como si fuera la muerte
de un infeliz animal.

Ya no soy un prisionero
de la cárcel de Sonora,
y aunque sea por la muerte,
por fin tengo libertad.

Adiós estas horas grises
bajo el techo de un penal.
Adiós a todos los reos
con los que pasé los años
más extensos y sombríos
de lo que puedan pensar.

Adiós, sueño de mis sueños,
y aunque ya no pude verte,
debes de saber que fuiste
un estímulo alegre,
un recuerdo memorable
hasta el día de mi muerte.
Camino entre madrugadas
de los ayeres extintos
encontrando en el poema
otra forma de vivir.

Yo jamás quise ser santo,
les explico a los del cielo,
y aunque me miren muy feo
engañarlos yono quiero.

-Éste ya es de los nuestros-.
demandó otro presente,

comenzando un nuevo juicio,
uno después de la muerte,
para ver quién va llevarme
con mi aliento incinerado
de nuevo para otra cárcel.

Melancolía

Vivo
y no creo en morir.
Corro
aunque puedo volar.

Respiro.
No es suficiente.

Los tonos
siempre los mismos.

Las voces son las de ayer.

Quiero creer que todo es diferente
y me aferro a la idea de que todo lo puedo.
Las espinas no son tan enigmáticas
ni el silencio resulta indescifrable

Las hazañas no se cuentan
pero las palabras matan.
No dan oído a las voces
y el gritar del viento espanta.

Camino sin andar y veo sin mirar.

Las paredes nos envuelven
pero jamás nos contienen.

Mil cuerpos encarcelados
y la imaginación libre,
retirada del encierro.

Sigo buscando cosas de un ayer,
incluso cuando sé que ya no existen.

Quisiera dialogar con la tristeza,
mostrarle mi sentir,
 por si le importa.
La existencia se termina
antes de que se establezca,
y el hado nos amenaza
con su sonrisa burlesca.

Es triste la melodía,
la de la muerte, les digo.
Es mejor no haber nacido
que morir estando vivo.

Maldita melancolía
de escribir como yo escribo,
por ver el tiempo pasar
y ver llegar el olvido.

Mariposa boreal

Intrépida mariposa,
mariposita boreal.
Tan bella como la rosa
pero con sabor de mar.

Intrépida mariposa,
mariposita boreal,
con alas color de plata
y picitos de cristal.

Cabellos de viento fino
y mirada de alboradas,
agitando su silueta
como la espiga de trigo.

Ahí marchan las mariposas
como todos los domingos:
unas vestidas de rosa,
otras vestidas de lino.

Mariposa, aliento rosa,
a nadie le he de contar,
que tuve una mariposa,
mariposita boreal.

Ya se van mis madrugadas
a bañarse con el mar,
ya se va mi mariposa

de la mano con el sol.

Una nota me ha dejado
la mariposa boreal,
que con otro se ha marchado
por el valor del metal.

Ingrata la mariposa,
mariposita boreal,
ya no posará sus alas
en mi torso de cristal.

Atractivo infinito

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Pablo Neruda

Quiero escribir los versos más locos de esta cárcel.

Escribir, por ejemplo: «Los presos se amotinan,
y se miran los guardias que vienen a lo lejos».

El olor del cannabis gira en el cielo y calma.

Quiero escribir los versos más locos de esta cárcel.
Yo consumía, pero a veces ella me usaba.

En las tardes como ésta la tuve entre mis manos.
La fumé tantas veces bajo el cielo nublado.

Ella me tuvo. A veces yo también la tenía.
Cómo no haber amado sus bellas hojas verdes.

Quiero escribir los versos más locos de esta cárcel.
Saber que no la tengo. Creer que la he tenido.

Oír la noche inquieta. Más inquieta sin ella.
Y el verso va del alma como el humo al pulmón.

Qué importa que los otros ya no puedan fumarla.
Los presos se amotinan y yo ya estoy fumando.

En la distancia lanzan un grito. En la distancia.
Mis ganas no admitieron el haberla dejado.

Como para fumarla, con mi *pipa*, la busco.
Mis manos escudriñan, y ella no está conmigo.

El mismo humeo que hace blanquear al mismo cielo.
Nosotros, los adictos, ya no somos los mismos.

Ya no la fumo, es cierto, pero cuánto fumaba.
Busqué elefantes rosas para jugar con ellos.

De otros. Será de otros. Como antes de mi boca.
Su color verde claro. Su atractivo infinito.

Ya no la fumo, es cierto, pero tal vez la fumo.
Es tan corta mi vida y tan grande mi condena.

Porque en noches como esta fumaba entre las celdas,
mi alma no se complace con haberla dejado.

Aunque este sea el último placer que ella me cause,
estos serán los últimos versos que le escribo.

Distante

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,...

Pablo Neruda

Me gusta cuando fumo porque estoy como ausente,
y te oigo como lejos, y tu voz no me alcanza.
Parece que mis ojos están ensangrentados
y parece que un parche ha revestido mi boca.

Y cuando mis pulmones están llenos del humo,
emerges de la nada, visión maravillosa.
Narcótico de sueño, te pareces al jade,
y te pareces a la palabra algarabía.

Me gusta cuando fumo y estoy como distante.
Y estoy como quejándome, humareda en arrullo.
Y te oigo como lejos, y mi voz no la escuchas:
déjame que te calle con la humarada mía.

Permíteme llamarte también en mi afonía,
claro como un riachuelo, simple como un barquillo.
Eres como esmeralda, verdosa y cotizada.
Tu color es de jade, natural y sencillo.

Me gusta cuando fumo porque estoy como ausente.
Distante y satisfecho, como si hubiera muerto.
Una aspirada entonces, una inhalada basta.
Y estoy feliz, feliz aunque nada sea cierto.

Una prisión entera

Vamos recogiendo huellas mal dejadas. Huellas escondidas en el azar de la memoria de los otros que vendrán detrás de nosotros. Vamos siempre en busca del no sé qué atestado entre barrotes y entre muros que no caen, sino que antes de eso, se levantan más allá de las estrellas.

*

Y los pasos van uno tras otro. Las manos laceradas y el rostro macilento: un pájaro que vuela de vez en cuando en la mirada de los que aún van recordándonos que estamos solos.

*

La soledad se expande por los callejones. La melancolía de los *no presos* va en aumento hasta convertirse en prisioneros. La vida es una prisión entera.

*

Estamos sumergidos en el trepidante mundo de las redes, de la tecnología extraña. Y es que cada vez somos menos de nosotros y somos más mecánicos que las máquinas que construimos.

*

Serpentea la vida en la última curva. En la estación de los abandonados en el tiempo.

Frente a una vieja barra en la que sirven sólo tragos de un brebaje alucinante para todos aquellos que odian y que nunca antes sintieron algo digno de rememorarse.

Somos pocos los ausentes y más los abstraídos. Somos una voz del olvido solamente. Es tan fuerte la voz silenciosa de los *no nacidos* y es tan recia la sutileza del dolor de los que

han muerto bajo el sol de la injusticia, de los calcinados.

*

Las calles son los pabellones de una cárcel. Hierde, quema y aprisionan en una realidad que nadie quiere. La familia entera prisionera. Prisioneros los hijos y los padres. Y la dignidad entera encarcelada. Son tan pocos los que viven en libertad. Afuera ya es como vivir adentro. Los de adentro muriendo lentamente por vivir afuera.

*

Las rejas nos detienen. Afuera no existen torres ni muros carcelarios, pero existe la impunidad y la manera atrofiante del no poder decir lo que se quiere.

Toda la vida prisionera. Las casas son las celdas y las leyes las esposas que te amarran. Y entonces ¿en dónde están los *no presos*?

Contemporaneidad

No están más lejos de la realidad. Son la realidad entera. Los cuerpos enclenques y el rostro de la niñez forzado a madurar entre las balas. Ellos son los nuevos. Los del ahora. Las promesas del ayer. Las promesas no cumplidas.

*

Pareciera ser la zona apocalíptica de la historia contemporánea. Quizá sólo sea eso. Un parece entre la lengua. El trago amargo de los padres y la crudeza de la delincuencia organizada. Y todo se organiza, excepto las leyes y el gobierno. La sociedad está desfragmentada. Unos van a un lado y otros vienen corriendo tras sueños vagos. Son sólo eso: sueños vagos.

*

¡Cómo van cambiando los tiempos!, dice don Manuel con su cara de angustia. Ahora los niños ya no juegan y sólo pelean y van matando a todo aquel que los mira feo. Esa escuela es la que tienen los niños de ahora. Matar y matar y morir en consecuencia. Ya no crecen como antes. Todos van naciendo con la misma plaga.

*

Las camionetas pasan y los niños arriban con sus *AR-15* y no con resorteras. Las canicas son pasado y la moda del presente son granadas. Cepillín y Tatiana se olvidaron. Lo de hoy son los corridos que alteran y este rap que alienta a consumir la droga como si fuera dulce de avellana. La música no es música. Las armas les cantan.

No son culpables. Son el resultado de toda la escuela que les hemos dado. Niños entrenados. Robar es normal y matar necesario. Son los nuevos. Sangre de chiquillos. Los que en

el presente mandan y los que posiblemente jamás llegarán a tener un mañana.

*

Las calles están desiertas y los panteones repletos. La pobreza se expande sólo por una parte. En el otro lado están los que la gobiernan.

Escribir ya no es un arte. Dibujar ya nadie intenta. ¿Para qué estudiar si en la mafia no piden papeles?, me dijo un niño de apenas once años. Once años y piensa como los de treinta. Como los que tenemos treinta. Y todavía seguimos preguntándonos ¿qué pasó con los pequeños?



Noches enrejadas

Se terminó de editar en Diciembre de 2018

La edición estuvo a cargo del autor y la
Coordinación Editorial y de Literatura del ISC
Se utilizó la fuente Palatino de 8, 9, 11 y 12 puntos